

La Puerta

retorno a las fuentes tradicionales

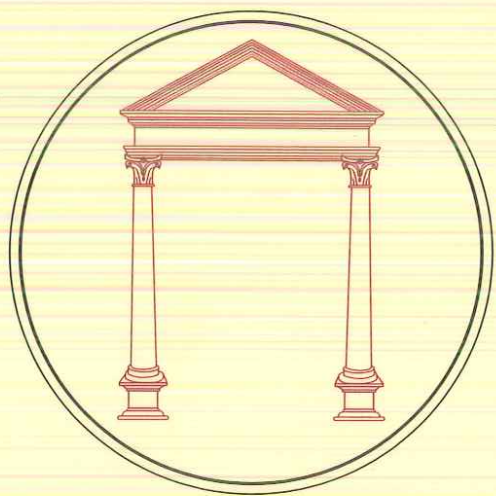


SERIE CUARTA

ASTROLOGÍA Y TRADICIÓN

Revista n° 55, Primavera 1999

EL OBJETO DE LA ASTROLOGÍA CONSISTE EN EL ESTUDIO DE LA NATURALEZA CELESTE Y SU ENCARNACIÓN EN EL HOMBRE, O SEA, DEL CIELO CORPORIFICADO EN LA TIERRA. PERO LOS ASTRÓLOGOS EN SUS HORÓSCOPOS SÓLO ESTUDIAN EL ESTADO QUE RESULTA DE LA GENERACIÓN IMPERFECTA E IMPERMANENTE, HEREDADA DE NUESTROS PRIMEROS PADRES QUE POR DESOBEDIENCIA, CAYERON EN ESTE BAJO MUNDO; POR LO TANTO EN ESTE ASPECTO, NO NOS ENSEÑAN A REMEDIAR ESTA SITUACIÓN. SÓLO UNA ASTROLOGÍA QUE PODRÍAMOS LLAMAR HERMÉTICA O CABALÍSTICA NOS ENSEÑARÍA A PREFECCIONAR LA NATURALEZA CAÍDA DEL HOMBRE, RESTITUIRLA A SU ESTADO ORIGINAL Y REGENERARLA EN LA VIDA ETERNA.



AROLA EDITORS



ASTROLOGÍA Y TRADICIÓN

LA PUERTA - 55

LA PUERTA

RETORNO A LAS FUENTES TRADICIONALES



ASTROLOGÍA Y TRADICIÓN

LA ASTROLOGÍA EN LA ANTIGÜEDAD • DETERMINISMO ASTROLÓGICO Y DON DEL CIELO • LA CÁRCEL DEL DESTINO • PROFECÍA Y ASTROLOGÍA

Último título aparecido en la Biblioteca La Puerta

FLORILEGIO EPISTOLAR

Reflejos de una búsqueda alquímica

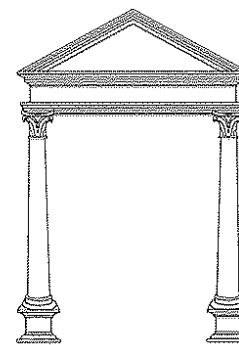
Louis Cattiaux

En este volumen se presenta una selección de fragmentos de las cartas que Cattiaux escribió a sus amigos en los últimos años de su vida. Se han clasificado por temas y sin tener en cuenta ni el orden cronológico ni los diferentes destinatarios, un cierto número de pensamientos aparentemente muy dispares. Pero, en resumen, su mensaje es siempre el mismo: El Arte, la Gran Obra, no pueden ser practicados sin pureza interior, sin vida mística, sin olvido de sí mismo, sin ofrenda y sin amor.

«La alquimia no es el yoga de Occidente; es la ciencia primera y última, la ciencia de la renovación de la creación, el misterio de los misterios, y es Cristo, la piedra filosofal y angular capaz de salvar al mundo. Pero también contiene una trampa para los codiciosos y los groseros, y el fracaso de muchos de ellos es el justo castigo a su malicia, maldad y orgullo.»

«El secreto está en ti, y los auténticos libros santos no son sino espejos muy imperfectos en los que puedes reconocerlo orando como un loco. Y por favor, créeme, ni la erudición ni la ciencia, ni siquiera la inteligencia, consiguen algo si el Señor no te murmura la cosa al oído.»

ISBN: 84-95134-04-7. Tamaño 175x24. P.V.P. 2.300



COLECCIÓN
LA PUERTA

ASTROLOGÍA Y TRADICIÓN

AROLA EDITORS

Indice

Editorial.....	7
La astrología en la antigüedad.....	9
EH	
Traducción, P. Sánchez	
Determinismo astrológico y don del cielo.....	25
Carlos del Tilo	
La cárcel del destino.....	37
Sergio d'Hooghvorst	
Imágenes de los planetas según George Pencz	45
Profecía y astrología.....	53
Claude Froidebise	
Traducción, L. Vert	
Historia judía	63
Selección y notas, EH	
Traducción, J. Lohest	
Acerca de lo que escribió Ibn `Ezra sobre las órbitas	67
Leo Montblanch	
El Zodiaco de los filósofos.....	75
Jean d'Espagnet	
Presentación y traducción, Juan Gener	
Tractatus Aureus atribuido a Hermes Trismegisto.....	79
Introducción y notas, EH	
Traducción, J. Lohest	
La Gloria del Mundo o la Mesa del Paraíso.....	89
Introducción, C. del Tilo	
Traducción, C. del Tilo y J. Mateu	
A propósito de la edición catalana de <i>Le Fil de Pénélope</i>	111
C.H.	

Colección LA PUERTA
ASTROLOGÍA Y TRADICIÓN

1ª edición, Mayo 1999

© LA PUERTA
Isaac Peral 13B
08397 Pineda de Mar (Barcelona)
Tel. y Fax 937 623 009

© AROLA EDITORS
Polígon Francolí, Parcela 3
43006 Tarragona
Tel. 977 547 611
Fax 977 542 721
arola@tinet.fut.es

Depósito Legal: 703 Tarragona 1999
ISBN: 84-95134-20-9

Compaginación, J. C. Lohest
Portada, Xavier Blanch

Impreso en GRÁFIQUES ARBELS, s.a.l.
Polígon Francolí, Parcela 3
43006 Tarragona

<http://www.ttecla.es/lapuerta> o bien: <http://ttecla.es/lapuerta/>

Editorial



Grabado anónimo del s. XVI en el que se representa a un hombre escapando de su destino astral.

Lo mismo que el Sol, toda tradición auténtica procede de Oriente y, como en hebreo 'oriente' (*qedem*)¹ también significa 'anciano', podemos afirmar que toda tradición auténtica procede del Anciano, este Anciano que los hebreos llaman *adam kadmon*,² el 'hombre primordial'.

Para los egipcios es Osiris, el Sol renacido o resucitado de su tumba, y precisamente Osiris en hebreo es *Osir*, y *Asir*³ significa el 'encarcelado, el encadenado'.

En griego, la palabra *anatole*,⁴ 'oriente', tiene también el significado de 'fuente de un río'.

Las ciencias tradicionales son pues las que proceden del manantial antiguo y que se han transmitido por filiación, sin cambio desde el principio.

Su objeto es el conocimiento de la naturaleza y del hombre, centro del mundo. La astrología es una de ellas.

Al igual que la tierra, la naturaleza del hombre constituye el receptáculo de la fuerza de la naturaleza celeste, es decir, de los siete

1. עֶדֶם.

2. אָדָם קַדְמוֹן.

3. אֲסִיר.

4. ἀνατολή.

planetas en su movimiento universal alrededor de las doce constelaciones, y cada planeta, mediante el aire, se corporifica en la naturaleza terrestre bajo la forma de los siete metales.

Dicho de otra manera, existe en la tierra y en el hombre algo que está en perfecta armonía con los minerales celestes. Por eso los astrólogos observan el sol celeste, por ejemplo, en relación con el corazón en la naturaleza humana o con el oro en el reino mineral.

El objeto de la astrología consiste, pues, en el estudio de la naturaleza celeste y su encarnación en el hombre, o sea, del cielo corporificado en la tierra, podríamos decir, de la generación del hombre.

Pero los astrólogos en sus horóscopos sólo estudian el estado que resulta de la generación imperfecta e impermanente, heredada de nuestros primeros padres que, por desobediencia, cayeron en este bajo mundo; por tanto, bajo este aspecto, no nos enseñan a remediar esta situación.

Sólo una astrología que podríamos llamar hermética o cabalística nos enseñaría a perfeccionar la naturaleza caída del hombre, restituirla a su estado original y regenerarla en la vida eterna.

La primera parte de esta edición nos habla de la astrología tal como es, con sus limitaciones y del modo de practicarla según la ciencia hermética.

En la segunda parte, LA PUERTA ofrece, traducidos al castellano por primera vez, dos fragmentos de textos alquímicos que no son de ningún modo ajenos al tema que nos ocupa, pues tratan precisamente de la regeneración del hombre y de su modo de realización.

La astrología en la antigüedad¹

EH

Traducción, P. Sánchez

Un brujo de pueblo que cura el cáncer por medio de hierbas... Una madre que salva a su hijo, mordido por una serpiente venenosa, auxiliándose únicamente de la magia... Una abuela que recupera la capacidad de lactancia y nutre un bebé gracias a la virtud de un caldo de hierbas recogidas en el bosque... Pueblos *primitivos*, como los de África occidental o ecuatorial, poseen por herencia unos conocimientos que aparentemente nada les predispone a haber adquirido; si se les pregunta de dónde les vienen, contestan: ¡de los ancestros!

Un saber o una ciencia tradicional se distingue de la académica en que la primera es una ciencia transmitida. Es, de alguna manera, un capital que hemos recibido de los antiguos, que debemos acrecentar y transmitir a nuestros descendientes tan intacto como sea posible.

La astrología se encuentra entre las ciencias tradicionales, que no deben nada a la invención humana; nos costaría mucho encontrar a su inventor. Todos los pueblos que han practicado este arte de la

1. Conferencia pronunciada por el autor el 15 de diciembre de 1975, en Bruselas.

adivinación siempre se han remitido a sus predecesores; así, griegos y romanos decían que dicho arte les venía de los egipcios y caldeos.

Según René Guénon, la Tradición está hecha de aquello que ha quedado tal como era en su origen: se trata de lo que ha sido *transmitido* de un estado de la humanidad anterior a otro presente. Como veremos, esta tradición no es susceptible de progreso porque no es únicamente humana. En lo que concierne a la astrología, una obra que tiene cerca de dos mil años, como el *Tetrabiblos*, del matemático y astrónomo Ptolomeo, no tiene nada que envidiar a los tratados escritos por los mejores astrólogos contemporáneos.

Sin duda es un error creer que la historia del pensamiento humano va a la par que el desarrollo tecnológico. Tenemos incluso la impresión de que la tecnología, de la que estamos tan orgullosos, tiene por efecto paliar, reemplazar un cierto déficit de intuición y sutilidad del hombre actual; como si los hombres del pasado no hubiesen tenido necesidad de nuestra tecnología porque eran más sutiles y estaban en relación más directa con el cosmos.

La ciencia de los astrólogos es fundamentalmente diferente de las ciencias modernas, puesto que parte —como todas las ciencias tradicionales— del punto de vista del hombre. No conoce más que al hombre en medio del cosmos.² Así pues, todo saber tradicional es en primer lugar el del hombre y reduce todo saber a la unidad del hombre. Todos los principios de esta ciencia se pueden resumir en las palabras que fueron inscritas en el frontón del templo de Delfos: «Conócete a ti mismo y conocerás el Universo y los dioses».

Las ciencias modernas proceden de un principio absolutamente diferente, puesto que en ellas todo debe ponerse en duda y ser revisado a la luz de la razón humana. El argumento de la autoridad de la antigüedad ya no es válido y, por consiguiente, las ciencias humanas están sometidas a la evolución y al progreso. Vemos así que esas ciencias dan nacimiento a técnicas extraordinarias, de las que todos somos beneficiarios, es evidente, y que nos ayudan a instalarnos y a

vivir cada vez mejor en el mundo en que nos encontramos. Gracias a esta tecnología, el hombre hace inventario de lo múltiple, incluso podría decirse que se dispersa en el infinito y en la multiplicidad. A medida que el hombre progresa³ y explora, sondeando lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande, va cada vez más lejos, pero podemos preguntarnos: ¿cada vez más lejos de qué, sino de sí mismo?

A esta noción de progreso indefinido, tal vez podría oponérsele, con Louis Cattiaux, el autor de *El Mensaje Reencontrado*, la noción de Arte: el Arte tiene por efecto llevar a la Naturaleza a un estado de perfección más allá del cual ya no hay progreso posible.⁴ Los antiguos describieron dicho estado tomando como ejemplo el vidrio, que es una arena, un nitro llevado a un estado de perfección más allá del cual ya no hay progreso.

Consideremos pues la astrología como lo que es en realidad: una ciencia de la Naturaleza. La astrología es la ciencia de la naturaleza humana, y la Naturaleza sólo puede existir por la unión del Cielo y de la Tierra; donde el Cielo y la Tierra no se unen o no son unidos, no hay Naturaleza. Entonces, podríamos preguntarnos: ¿existe un Arte, un Arte del Cielo que se transmita y que nos permita, como han afirmado los antiguos, impulsar, llevar la naturaleza humana a un estado de perfección más allá del cual no haya progreso posible? Es lo que los antiguos nos han enseñado cuando hablan de la *palingenesia*, 'la nueva generación', un re-nacimiento. También nos han hablado de la divinización del hombre, de convertir al hombre en un dios.

Algunos ejemplos nos permitirán comprender mejor estas nociones de Arte y Naturaleza. La naturaleza produce el trigo, pero quien produce el pan es el arte. La naturaleza produce la viña, pero quien produce el vino es el arte. Jamás encontraremos un pan o un vino que haya sido producido naturalmente; es necesaria la mano del

2. Ignoramos si los antiguos sabían que la tierra gira alrededor del Sol. Parece ser que en Siracusa era conocido el sistema heliocéntrico.

3. 'Progresar', del latín *progredi*, 'poner un pie delante de otro, partir, andar, marcharse'.

4. Cf. L. Cattiaux, *El Mensaje Reencontrado*, ed. Sirio, Málaga, 1996, VIII, 32.

hombre... ¿Hay pues en esta tierra un arte que produce dioses? Por supuesto, con un nuevo horóscopo, ya que se trata de una nueva generación.

Sin embargo, en la astrología que se practica hay algo de decepcionante, en el sentido de que no tiene finalidad: el hombre nace con un determinado horóscopo, con un cierto destino; es feliz, desgraciado, rico, pobre, tiene una buena o mala salud y, finalmente, muere. Va de la generación a la corrupción, como decían los antiguos. Y cuando ha muerto, los astros continúan su curso en el Zodiaco, sin preocuparse del ser al cual habían dado nacimiento y después, llevado a la corrupción.

Entonces ¿será verdad que, como dice Píndaro, el hombre es el sueño de una sombra? ¿Un sueño que se concretiza durante un instante y que después se borra como la sombra que le había dado nacimiento? Esta es la pregunta que haremos a los antiguos, en particular a los griegos y a los romanos.

Observemos que los judíos también nos han dejado una tradición astrológica; los judíos descienden de Abraham, un caldeo que transmitió a sus hijos la astrología caldea, de la que era el depositario. Por eso cuando leemos los comentarios bíblicos hebreos, por ejemplo en el *Talmud*, encontramos muchos comentarios de versículos de la Escritura en los que se habla de astrología.

*

La astrología aparece desde el momento en que tenemos testimonios del pensamiento griego. Cleostrato, que vivió en Tenedos en el siglo VII a. C., nos ha dejado un tratado de astrología donde nos da el significado de los diferentes signos del Zodiaco.

En el siglo VI a. C., Heráclito de Efeso, ciudad griega del Asia Menor, próxima a Caldea, escribió un pequeño libro de Filosofía que confió a los sacerdotes, recomendándoles que lo transmitieran con sumo cuidado. De dicho libro no ha quedado más que una o dos centenas de frases. Dos de esos fragmentos tratan de la ciencia del cielo; en el primero, que es biográfico, Heráclito se refiere a lo que

llama el *gran año*, que consiste en cierta medida de tiempo. Para nosotros, que estamos en la tierra, el tiempo se mide evidentemente por la salida y la puesta del sol, pero para un observador que se encontrase por encima de la luna o en el nivel de la luna, ¿cómo contar el tiempo? El *gran año* es precisamente el espacio de tiempo que separa un cierto estado del cielo —en el que cada planeta está en tal o cual signo—, del estado siguiente, que será exactamente igual.

Pongamos un ejemplo: el mundo fue creado —o más exactamente, la máquina comenzó a girar— con todos sus planetas domiciliados: Marte en el signo de Aries, Venus en Tauro, etc. Para volver a encontrar un momento en que los astros estén situados en la misma posición es necesario esperar la renovación de un gran año completo. Heráclito asignaba al gran año un periodo de 10.800 años, aunque de manera puramente simbólica, multiplicando 360 por 30, el número de años medio de la vida de un hombre.

Se trata pues de un periodo de tiempo casi indefinido; es el movimiento sempiterno, que siempre gira, mucho mayor que el de la tierra. También se le designa con otro nombre; si aquí abajo la medida es llamada tiempo, por encima de la luna se llama αἰών, en español 'eón'. Sin duda, la doctrina de los eones ha hecho fortuna en el pensamiento grecolatino, y la encontramos incluso en santo Tomás, que la incluyó en su *Suma Teológica*, al hablar del *aevum*, es decir, la 'edad'.

Una de las consecuencias de esta doctrina es que si el año se divide en cuatro estaciones, también el eón se divide en cuatro edades subsidiarias, aunque de duración diferente, a las que se ha denominado edad de oro, edad de plata, edad de cobre y edad de hierro. La edad de oro es como la primavera de la humanidad, el periodo más bello y largo, al cual suceden los otros tres hasta que, al final de un cierto lapso de tiempo muy prolongado, recomienza y vuelve a florecer.

Por otra parte, es conocido que los hindúes tienen una concepción social basada en la doctrina de las cuatro edades. De acuerdo con la famosa teoría de las castas, de difícil comprensión para los

occidentales, habría hombres de oro, hombres de plata, de cobre, de hierro, según cierta selección que por otra parte es imposible determinar, y que daría nacimiento a la casta de los brahmanes, a la de los kshatryas, etc.

Los griegos también divinizaron y corporificaron el eón, que para ellos era asimismo el nombre de un dios, de un dios corporal. Según ellos, el Ser supremo ejercía su acción en el mundo por medio del eón, y a partir de ahí llamaron eones a las potencias eternas emanadas del Ser supremo. No obstante, no hay que confundir este tiempo sempiterno con la noción de eternidad, ya que ésta es la ausencia de movimiento. Para los griegos también existe el mundo de la eternidad, pero más allá de la esfera de las estrellas fijas, allí donde no hay más movimiento, en el lugar que los platónicos llamaban la *pradera de las ideas*, de las *ideas* eternas. Así pues, el eón fue considerado como el intermediario entre el tiempo y la eternidad.

Fue tal vez esta concepción lo que ha dado nacimiento a la fórmula de bendición en la Iglesia de Occidente: «Bendito sea por los siglos de los siglos», entendiéndose «siglos de los siglos» por los eones, cuya influencia, como veremos, se derrama perpetuamente sobre nuestra tierra.

Los babilonios se vanagloriaban de haber acumulado una cantidad ingente de observaciones, consignadas en archivos, referidas al curso de los astros y a todos los acontecimientos que habían anotado en el curso de un gran año. El señor Brahy⁵ se basó en estos conocimientos, según dijo, para anunciar sucesos muy graves hacia 1990.⁶ Sin embargo, nadie, ni siquiera los caldeos, pudo determinar la amplitud de un ciclo, lo cual hizo decir a Cicerón, en su tratado *De la naturaleza de los dioses* (II, 9): «Esta revolución de los astros a su punto de partida es muy larga, y es una cuestión difícil, pero no por ello menos cierta».

5. Gustavo Lambert Brahy, célebre astrólogo belga, fundador de la revista *Demain* y del *Cébesia*.

6. Hay que reconocer que la desaparición del régimen soviético (finales de 1989) constituye un conjunto de acontecimientos de consecuencias incalculables para el futuro de la humanidad. (N. d. l. r.)

Efectivamente, pues si jugamos con un calidoscopio, mirando las imágenes que se suceden, el cálculo de probabilidades nos permite afirmar que, en un determinado momento, se volverá a producir una imagen ya vista. Esto es tanto más cierto cuanto que se trata del curso de los astros, que no está sujeto al azar sino a los números.

Los antiguos egipcios habían hecho el horóscopo del mundo. Según ellos, el mundo nació en el momento de la aparición, en Oriente, del planeta Sirio, que es, según Louis-Claude de Saint-Martin, «las restituciones de Dios, de los hombres y del mundo», la estrella de Pitágoras. Los egipcios la llamaban Sotis y la consagraron a la diosa Isis. Era normal, pues, que el mundo naciera en el momento en que la gran diosa de los egipcios, Isis, se elevaba por el horizonte. Por lo tanto, para los egipcios, el ascendente del mundo debía situarse en los 14 o 15 grados de Cáncer, con la luna en el ascendente, que era el planeta de Isis. El sol en la casa segunda, en Leo: cuando el sol entra en este signo, a principios del mes de agosto, la crecida del Nilo es más fuerte. El Nilo es quien, cada año, fecunda la tierra santa de Egipto; así, era lógico que esta fecundación coincidiera con el comienzo del mundo. A continuación venían los demás planetas según su domicilio: Mercurio en Virgo y Saturno en Occidente, en Capricornio. El mundo habría sido creado de noche, puesto que el sol estaba en la segunda casa, cosa natural, de lo contrario, el creador no hubiera dicho: «¡Que la luz sea!»

De esta teoría, según la cual cada vez que los planetas se vuelven a encontrar en la misma posición, comienza un mundo nuevo, algunos han extraído concepciones del todo extremas, como el mito del *eterno retorno*. A Nietzsche, que era helenista, le apasionó esta teoría; siguiendo tales ideas, llegará un tiempo, muy alejado, en que nos volveremos a encontrar en este mismo lugar, yo aquí y ustedes allí, yo hablando del mismo tema y ustedes escuchando. Volviendo a empezar los astros, todo deberá volver a comenzar de la misma manera.

Esto ha dado nacimiento a lo que llamamos milenarismo, del que también Heráclito nos ha hablado. En otro de sus fragmentos,

dice: «La Sibila, quien con boca delirante profiere sus palabras sin sonreír, sin adornos y sin unción, atraviesa con su voz un término de mil años».

Ahora bien, ¿qué anuncia la Sibila perpetuamente? La edad de oro. Al igual que los profetas de Israel se han sucedido para anunciar al Mesías, las numerosas Sibilas de la Antigüedad han anunciado todas la edad de oro.

Según esta teoría, la edad de oro debe llegar al término de un ciclo de mil años, aunque dicha cifra parece igualmente simbólica, pues también en el *Apocalipsis* se habla de un reinado de Cristo que debe durar mil años. De ahí han nacido los famosos terrores del año mil, en que las gentes creyeron, al final del primer milenio, que había llegado el fin del mundo. Y ciertamente, a pesar de nuestros conocimientos científicos tan evolucionados, conoceremos los terrores del año dos mil.

Lo cierto es que ya encontramos los terrores del año mil en la Antigüedad, tal como lo refiere Tito Livio en su *Historia de Roma*. Como lo cantó el gran Virgilio —el mayor poeta que jamás haya producido la civilización occidental, que vivió naturalmente en Italia, cuna del arte y de la civilización—, la edad de oro de Roma comenzó con la destrucción de la ciudad de Troya. Fue de hecho esta destrucción lo que permitió al piadoso Eneas, después de muchas desgracias y naufragios, abordar la costa de Italia y fundar la ciudad de Alba Longa, de la que surgiría Roma.

Siguiendo la teoría milenarista, el nuevo milenio debía pues comenzar con la destrucción de una ciudad. Y como según el calendario de Eratóstenes, la ciudad de Troya había sido destruida el 1184 a. C., al acercarse el año 184 los romanos comenzaron a asustarse; y su espanto crecía motivado por la inestabilidad de los tiempos y porque los adivinos —que por entonces eran muy numerosos y a menudo expertos en su arte— habían anunciado que el foro romano estaría cubierto de tiendas el año 184. Recordemos la famosa toma de Roma por los galos, cerca de doscientos años después: saquearon la ciudad y acamparon en el foro romano. Entonces, la gente supers-

ticiosa quedó persuadida de que Roma era la nueva Troya, que pronto sería destruida y que padecerían de nuevo el tumulto galo. Ahora bien, fue precisamente en el año 184 cuando murió el gran Pontífice Craso y, siguiendo la costumbre, después de su entierro se celebraron juegos fúnebres, así como un banquete fúnebre en el foro. Y sucedió que, al comenzar éste, se puso a llover, con lo cual se vieron obligados a levantar tiendas a toda prisa... La gente respiró y los supersticiosos se vieron librados de sus temores sin daño alguno.

Esto ilustra la teoría milenarista y muestra que podemos interpretar muy mal las enseñanzas de los adivinos si no lo hacemos con un espíritu absolutamente libre y sin prejuicios.

Hay otra historia que se refiere al siglo de oro, pero más interesante, pues alude a lo que se llama la *gnosis*: está en la IV *Bucólica* de Virgilio. Muchos la conocen, es la que anuncia el retorno de la edad de oro gracias al nacimiento de un niño. Por eso los cristianos consideraron a Virgilio como uno de sus profetas, al igual que la Sibila. Pensemos en el canto de los muertos del antiguo ritual católico, el *Dies irae*, donde se alude al famoso *teste David cum Sibila*, es decir: 'David es el testimonio, con la Sibila'.

He aquí los primeros versos de la égloga:

Hela aquí que ha vuelto, la última edad cantada por la profecía de Cumas; el gran orden de los siglos recomienza. He aquí que vuelve también la virgen; he aquí que vuelve también el reino de Saturno. He aquí que una nueva generación descende del cielo más elevado [toda generación viene del cielo: ¡es algo que los astrólogos saben bien!]. Dígnate solamente, casta Lucina [la diosa de los nacimientos] favorecer el nacimiento del niño por quien, para empezar, desaparecerá la raza de hierro y se elevará en el mundo entero una raza de oro...

Así pues, una nueva generación es una generación que viene del cielo. Para comprender lo que es esta generación, hay que leer, al final del poema, aquel pasaje que suscitaba la emoción de los profe-

sores —quienes hayan estudiado las humanidades antiguas lo recordarán—, cuando hacían traducir a sus alumnos:

Comienza, niño pequeño, a reconocer a tu madre por la risa... comienza, niño pequeño: aquél a quien sus padres no han reído, un dios no lo ha juzgado digno de su mesa, ni una diosa de su lecho...

He aquí pues la generación de los dioses, ¡que se define por la risa! Nosotros, los hombres, somos concebidos con un gemido y venimos al mundo también con un gemido.

Encontramos una enseñanza idéntica, cosa curiosa, en el *Génesis* de Moisés; se trata de la generación de los patriarcas, que en el judaísmo ya es una generación mesiánica. Así, según el *Talmud*, Sara, la mujer de Abraham, ha engendrado gracias al Espíritu Santo. Leemos en el capítulo XVIII que Abraham se encontraba sentado a la puerta de su tienda, en el calor del día, y vio pasar a tres personajes, a quienes generosamente ofreció hospitalidad; estos tres personajes son ángeles, pero tienen la apariencia de hombres. Abraham les ofrece lavarles los pies y a continuación les prepara una buena comida. En el momento de marchar, los tres hombres se levantan y uno de ellos se dirige a Sara: «El próximo año volveré, como en el tiempo de la vida, y tú estarás encinta».

Pero Sara tenía 99 años, y no había pues ninguna posibilidad de que quedara encinta. Entonces, dice el texto hebreo, «y ella rió en sí misma». El pasaje es aún más preciso —los judíos son siempre muy precisos— pues hay que leer «y ella rió en su vientre (בקרבה)» (*Génesis XVIII*, 12).

Además, éste es uno de los pasajes que fue voluntariamente edulcorado por los traductores de la *Setenta*, a fin de que los misterios más profundos de la Escritura no fuesen entregados a la profanación de los extranjeros. Efectivamente, el texto griego dice: «y ella se puso a reír para sus íntimos». Por lo tanto, había alguna cosa que esconder.

Después de Heráclito, recordemos también a Enópides, cuyo tratado de astrología no se ha conservado, pero de quien sabemos

que asimilaba el Zodíaco a la Vía Láctea. Cuando Faetón, el hijo del Sol, quiso conducir el caballo de su padre, el sol cambió de ruta y se puso a correr en el Zodíaco.

Los pitagóricos nos han dejado tratados completos de cosmología, de los siglos V y IV a. C. En uno de los más célebres, Filolao de Tarento decía que la *gnosis* era el dominio de lo que había por encima de la luna y de lo que había bajo nuestros pies, mientras que la virtud reinaba en el espacio que separaba la luna de la tierra. Había pues una *gnosis* del cielo y una *gnosis* de lo que hay en la tierra.

En el *Timeo*, un tratado muy conocido que debe su nombre al de un célebre pitagórico, Platón nos ha dejado una cosmología completa, en la que adjudicó muchos planos al universo: había, para empezar, las esferas de los planetas, en la que cada planeta estaba sujeto a una esfera y cada una de las esferas giraba en el sentido del Zodíaco —en el sentido del sol—, a una velocidad que le es propia, desde la esfera de la Luna hasta la de Saturno. Por encima de la esfera de Saturno se encontraba la de las estrellas fijas, que giraba en sentido inverso y con extrema lentitud. Finalmente, por encima de la esfera de las estrellas fijas se hallaba la Eternidad, donde ya no había más movimiento y donde se encontraban las *ideas*. El espacio que separaba la tierra de la luna era el lugar del tiempo, un caos que sólo engendraba seres demasiado débiles para perpetuar su ser, y que estaba sometido a la acción de los mundos superiores; se decía que era el lugar de la generación y de la corrupción, mientras que por encima de la luna, los astros se bañaban en el éter divino.

El éter era un aire extremadamente sutil, mezclado con fuego, y era divino: para los griegos era el mismo Dios. Este éter estaba animado continuamente por un movimiento circular y era inteligente. El éter —que es el alma del mundo, lo que los hombres llaman Dios— mantenía continuamente las esferas en su movimiento circular. De ahí viene la palabra *universo*, del latín *uni-versus*, ‘que gira siempre en el mismo sentido’. Para Platón el éter era pues el mismo Dios, e

incluso se divirtió haciendo juegos de palabras entre 'éter', αἰθήρ y 'Dios', θεός.⁷

Contamos asimismo con el comentario de Virgilio, quien celebra en su II *Geórgica* (325 y sigs.) la venida de la primavera:

Entonces, el Padre omnipotente, el Éter [así, el éter es Dios Padre] desciende por medio de lluvias fecundantes al seno gozoso de su esposa, la Tierra, y unido en este potente abrazo a su gran cuerpo, vivifica todo embrión.

Este éter está animado sobre todo por la necesidad y el deseo de corporificarse. Una vez encuentra un cuerpo muy puro, que de alguna manera es de su naturaleza, se une a él y produce la luz. Es lo que sucedió, dicen los antiguos, con los astros, que son dioses, hijos del éter, que los inflamó y los volvió luminosos.

El éter también desciende a este mundo, pero mezclándose a lo que Aristóteles llamó el *flogisto*, es decir, impurezas. Aquí abajo el aire es impuro, está flogisticado: es lo que provoca los truenos y relámpagos. El éter se mezcla con ese aire flogisticado y es inspirado por los hombres al nacer, en el momento de la primera inspiración del niño. Es lo que produce el horóscopo, por ello el movimiento circular celeste se encuentra en el interior del hombre. He aquí pues al hombre, en cierta manera fermentado —el aire es un fermento, no hay fermentación posible sin aire— por este aire flogisticado mezclado con el aire divino. Ahí está el destino del hombre, marcado por el movimiento circular, con la *psique*, su espíritu, que viene del cielo y es, por lo tanto, aéreo.

¿Cómo puede ser —la pregunta ya se la hacían en otros tiempos— que siendo los astros buenos, que siendo dioses, puedan tener malas influencias como las cuadraturas, las oposiciones, etc.? Según los antiguos, de hecho las influencias no son malas, sino que nosotros somos demasiado débiles para recibirlas. Es exactamente como un enfermo débil, que no puede recibir los rayos del sol sin daño. Los

7. Cf. Platón, *Crátilo* 410b.

rayos del sol son buenos en sí mismos, pero para ciertos enfermos pueden ser peligrosos.

En el libro X de la *República*, Platón une armoniosamente los problemas del destino, los de la libertad de escoger y de la suerte. Es el mito de Er el Pánfilo. Las almas que han de reencarnarse pueden echar suertes, por turno; son introducidas en una playa donde se encuentran diferentes estatuas, que representan cada una a un hombre. Entonces escogen, según su sabiduría o su locura. A partir del momento en que han escogido, se les hace beber el agua del río Ameles, 'sin preocupación', y se encarnan. Han perdido el recuerdo y su destino está desde entonces fijado.

¿Pero puede el hombre escapar de su destino? Platón aporta una respuesta a esta pregunta, aunque extremadamente discreta. En el *Fedro* explica que, antes de reencarnarse, las almas han podido, más o menos, según su calidad, según su fuerza, contemplar la pradera de las *ideas*. Cuando se encarnan han perdido el recuerdo de ellas, pero guardan como una nostalgia de las mismas, y según el destino que les ha sido asignado, esta nostalgia puede más o menos llevarles al estudio de la filosofía y a las santas iniciaciones.

Por el estudio de la filosofía —dice Platón— el hombre puede volver a recordar realidades que antiguamente había contemplado o entrevisto.

Un verdadero saber sería pues volver a recordar lo que ya se sabía y se ha olvidado, lo cual tendría el efecto de devolver a su espíritu las alas que le permitirían escapar del desesperante dédalo de este mundo y adquirir el *entusiasmo*. La palabra viene del griego ἐνθουσιασμός, que significa 'tener en sí mismo el soplo de un dios'. Ser entusiasta, adquirir el entusiasmo es estar poseído por un dios. La cosa es curiosa, puesto que desde que el hombre nace e inspira por primera vez, tiene en sí mismo un soplo. El entusiasmo es, pues, un segundo soplo, lo que sería un nuevo nacimiento. Tener consigo el soplo de un dios es nacer una segunda vez y, si puede

decirse así, tener por pastor un nuevo horóscopo. Y entonces, sigue Platón:

como se separa de aquello que es el objeto de las preocupaciones de los hombres y se aplica a lo que es divino, el vulgo le demuestra que tiene el espíritu alterado; sin embargo, está poseído por un dios y el vulgo no lo sabe.

Platón no nos ha dicho mucho más; no obstante, en la VII carta dirigida al tirano Dionisio de Siracusa aún escribió:

Sobre todos esos problemas no existen escritos míos, ni los habrá jamás. Efectivamente, éste no es un saber que, a ejemplo de los demás, pueda de alguna manera formularse en proposiciones, sino que es el resultado del establecimiento de un comercio repetido con aquello que es la materia misma de este saber, resultado de una existencia que se comparte con ella. Súbitamente, como se enciende una luz cuando crece la llama, este saber se produce en el espíritu y en adelante se nutre solo.

La mitología también alude a este saber extraordinario, en particular en el mito de Prometeo, quien precisamente había robado el fuego del cielo, el éter radiante. En el *Prometeo encadenado* (248-254), drama que Esquilo le consagró, hay una escena en la que Prometeo, víctima de la venganza de los dioses, clavado en la roca afirma:

Prometeo. – ¡Sí! He liberado a los hombres de la obsesión de la muerte.

El Corifeo. – ¿Qué remedio has descubierto pues a este mal?

Prometeo. – He instalado en ellos las esperanzas ciegas.

El Corifeo. – ¡Poderoso consuelo, el que en este día has traído a los mortales!

Prometeo. – ¡Aún he hecho más! ¡Les he obsequiado con el fuego!

El Corifeo. – ¿Cómo? ¿El fuego llameante está hoy entre las manos de los efímeros?

Prometeo. – ¡Sí! Y de él aprenderán artes sin número.

Desde luego, no se trata del fuego de nuestra cocina, sino del fuego del cielo, aquél de quien dicen los *Oráculos Caldeos*: «Quien toque el fuego del éter, ya no podrá separarlo más de su corazón».

He aquí, pues, cómo Prometeo, el gran bienhechor de la humanidad, fundador de las iniciaciones santas, ha liberado a los hombres de la obsesión de la muerte.

*

La Navidad se acerca y podríamos concluir reflexionando sobre los misterios que nos propone. Los cristianos, ya lo hemos dicho, no han inventado ni aportado nada nuevo, pues de lo contrario el cristianismo no sería la expresión de la tradición universal; el misterio de la Navidad es mucho más antiguo de lo que nos enseñan los *Evangelios*. Veamos como prueba este breve pasaje de los antiguos misterios de Eleusis, que nos ofrece san Hipólito en sus *Philosophumena*:

En un determinado momento, los iniciados eran sumergidos en la oscuridad y el gran hierofante hacía traer todas las luces. Entonces, bajo muchas luces, gritaba con voz fuerte el gran y secreto misterio de Eleusis: Nuestra Señora ha engendrado un hijo santo. Brimo ha engendrado a Brimona, lo que significa: la fuerte ha engendrado al fuerte.

Se dice que Nuestra Señora es la que engendra en el espíritu, la que está por encima del cielo: la de arriba. El fuerte es aquel que ha sido engendrado de esta manera.

Los antiguos griegos ya esperaban, pues, la venida del buen pastor y habían conocido el pesebre de Navidad que pronto reencontraremos. Y puede decirse que cuando se ha encontrado a este buen pastor, es decir, el fuego del cielo corporificado, se ha encontrado a aquel que puede llevarnos a la práctica de esas «artes sin número», pues una vez el hombre ha sido regenerado espiritualmente, aún debe serlo corporalmente, ya que es cuerpo y espíritu. Y esto nos lleva a otra parte del saber, que no es únicamente la *gnosis* del cielo, sino que es sobre todo la *gnosis* de la tierra, y de lo que hay bajo la tierra: el misterio de la *alquimia*.

Es sabido que los astros del cielo tienen sus correspondencias bajo la tierra y que los metales tienen también nombres de dioses: Saturno representa el plomo, Júpiter el estaño, etc. Ocurre que en la tierra se encuentra un cuerpo metálico, que es el único en el mundo que escapa a toda destrucción y a toda corrupción: el oro. De ahí la alquimia y el misterio de quienes han buscado, digamos, cómo hacer oro. Aunque de hecho, nunca han perseguido hacer oro, sino regenerarlo, lo cual es otra cosa muy diferente.

Sabemos por un edicto de finales del siglo III d. C. o de principios del IV, que el emperador Diocleciano quiso hacer destruir todos los libros de alquimia existentes en su tiempo, «para impedir que los egipcios se enriquecieran». Afortunadamente, algunos de aquellos libros escaparon a la destrucción y aún existen. En la actualidad se encuentran en la biblioteca de la Universidad de Leiden, en Holanda. Seguimos esperando un Filósofo suficientemente ilustrado, no solamente para traducirlos y editarlos, sino también para comentarlos.

En conclusión, la astrología se presenta como una ciencia de la Naturaleza humana y se sitúa en un cierto nivel en relación con las otras ciencias tradicionales, las del arte, que permite precisamente mejorar esta naturaleza y llevarla a un estado de perfección, más allá del cual no hay progreso posible.

Esto nos ha llevado naturalmente al pesebre de Navidad y a los misterios de Eleusis. *Eleusis* es una palabra griega que significa 'la buena ventura'. Y ésta es la buena ventura que os deseo a todos...

¡Así sea!

Determinismo astrológico

y don del cielo

Carlos del Tilo

San Pablo escribe en la *Epístola a los Efesios*:

Y vosotros estabais muertos por vuestros delitos y pecados, en los que en otro tiempo habéis vivido, siguiendo el espíritu de este mundo, bajo el *príncipe de las potestades aéreas*; bajo el espíritu que actúa en los hijos de la desobediencia; entre los cuales todos nosotros fuimos también contados en otro tiempo y seguimos los deseos de nuestra carne, cumpliendo sus voluntades y las de nuestros pensamientos, siendo por naturaleza hijos de la ira, como los demás. Pero Dios, que es rico en misericordia [...] y estando nosotros muertos [...] nos dio vida por Cristo [...] pues por la gracia sois salvados mediante la fe, y esto no os viene de vosotros, es un *don de Dios*.¹

Podríamos resumir este fragmento de san Pablo diciendo que, mientras el hombre no ha recibido el *don de Dios*, se encuentra bajo la dependencia del *príncipe de las potestades aéreas*, cuyo espíritu

1. *Efesios* II, 2-9.

actúa normalmente sobre el hombre caído, llamado «hijo de la desobediencia».

¿Qué significa esta frase sorprendente? Y, ¿quién es este *príncipe de las potestades aéreas*? Es un espíritu, precisa san Pablo.

Para comprender bien de lo que se trata, debemos referirnos a la doctrina del destino astrológico, transmitida y enseñada por los griegos, la cual, como veremos, tanto san Pablo como la mayoría de los cristianos, impregnados de la tradición griega, no ignoraban. ¿Cuál es, pues, este espíritu del aire que mantiene al hombre bajo su dependencia? y ¿cuál es este *don de Dios*, lo único que puede liberarle de él?

En su tratado *La República*,² Platón habla del misterio de la generación en este bajo mundo: tras haber escogido su existencia terrestre, el alma del hombre recibe un *daimon*³ propio que lo regirá durante su vida encarnada. Se trata del espíritu astral que anima el aire en el momento del nacimiento y que el niño inspira por primera vez cuando nace. Este espíritu astral está formado por la mezcla de las influencias planetarias que, a partir de la corona zodiacal, descienden continuamente al mundo sublunar para corporificarse en la tierra y para fijarse en la sangre del recién nacido en el momento de su primera respiración. Este espíritu, puro a nivel zodiacal, se mezcla en el aire atmosférico con las impurezas que contiene, cargándose así de un cierto humor corruptivo.

Además de las impurezas corporales que ya se han mezclado a su cuerpo físico en el momento de su nacimiento, el hombre es generado por un espíritu astral que contiene los gérmenes de su disolución futura. Los antiguos griegos denominaban el mundo sublunar «mundo de las generaciones y corrupciones».

Se trata, pues, de este espíritu aéreo del que habla san Pablo en su *Epístola a los Efesios* (por esta razón dice: «y estando nosotros

muertos»), que no es sino aquel que describen los astrólogos cuando observan la carta del cielo en el nacimiento de un niño.

El espíritu astral que Platón denomina *daimon*, «que actúa en los hijos de la desobediencia», o sea en los hijos de Adán, es el destino o la necesidad para los antiguos, que determina el temperamento, el carácter y la vida del hombre en este mundo.

Nos esforzaremos ahora en buscar fragmentos que corroboren dicha enseñanza a fin de profundizar y comprender mejor las palabras de la epístola de san Pablo.

Encontramos una primera confirmación en el *Corpus Hermeticum* de Hermes Trismegisto, padre de la tradición griega:

Todos estos *daimones* [o genios que rigen el destino] han recibido en suerte pleno poder sobre los asuntos de la tierra y sobre los desórdenes que en ella se producen, y provocan toda clase de perturbaciones, en general para las ciudades y pueblos, y en particular para cada individuo. Pues tratan de remodelar nuestras almas en su interés, y excitarlas, instalados en nuestros músculos y en nuestros tuétanos, en nuestras venas y arterias, en el mismo cerebro, penetrando hasta nuestras propias entrañas. Pues una vez que cada uno de nosotros ha venido a nacer y ha sido animado, es tomado a su cargo por los *daimones* que han sido puestos bajo las órdenes de cada uno de los astros.

Pues los *daimones* se sustituyen mutuamente de instante en instante,⁴ no estando en función los mismos, sino sirviendo cuando les toca. Entonces, esos *daimones*, tras haber penetrado a través del cuerpo en las dos partes del espíritu, lo atormentan, cada uno en el sentido de su propia actividad. Sólo el alma, escapando a la potestad de los *daimones* permanece estable, presta a convertirse en el receptáculo de Dios.⁵

[...] El alma ¡oh Tat! pertenece a la misma esencia de Dios [...] esta alma es el Dios que está en nosotros [...], el intelecto, alma de Dios, domina verdaderamente sobre todas las cosas, sobre el destino, sobre

2. *La República*, cap. X, § 61/4 y sig.

3. Hemos preferido conservar la palabra griega y no traducirla por 'demonio'. *Daimon* significa en griego: 'divinidad inferior, genio, el destino'.

4. Pues los planetas se desplazan continuamente, modificando a cada instante sus influencias y, por lo tanto, el espíritu astral.

5. Hermes Trismegisto, *Obras completas*, ed. Muñoz Moya y Montraveta, Barcelona, 1985, *Poimandrés*, tratado XVI, § 14 y 15, vol. II, p. 19.

la ley y sobre el resto y nada le es imposible, ni siquiera elevar el alma humana por encima del destino.⁶

[...] Si por lo tanto, un hombre recibe la luz del rayo divino por medio del sol en su parte esencial o alma (tales hombres son escasos), en este caso, los *daimones* son reducidos a la impotencia, pues nadie, ni *daimon*, ni dios, tiene poder alguno contra un solo rayo de Dios.

Tenemos aquí la expresión en la sabiduría de los griegos del misterio de la gracia de los cristianos, el don de Dios que trasciende el destino astrológico del que habla san Pablo. Hermes concluye:

En cuanto a los demás hombres, todos están en cuerpo y en espíritu llevados por los *daimones*, y aman y gustan esas actividades de los *daimones* en ellos. [...] Así pues, el gobierno de nuestra vida terrestre está enteramente en poder de los *daimones*, por el intermediario de nuestros cuerpos: y ése es el gobierno que Hermes ha llamado Destino.⁷

He aquí explicada por Hermes la frase de san Pablo:

Y vosotros estabais muertos por vuestros delitos y pecados, en los que en otro tiempo habéis vivido, siguiendo el espíritu de este mundo, bajo el príncipe de las potestades aéreas; bajo el espíritu que actúa ahora en los hijos de la desobediencia.

El destino astral conduce ciertamente a la muerte física y psíquica, y en este mundo, sin el don de Dios, el hombre es un muerto a quien se ha dado una tregua.

Remitimos al lector a un Padre de la Iglesia cristiana que nos precisa todavía más lo que la tradición griega nos ha explicado a propósito de las dos generaciones, la del espíritu astral y la del espíritu divino.

Clemente de Alejandría (s. II d. C.) como Hermes, se expresa cual astrólogo avisado que, a su vez, es conocedor de las enseñanzas del gran doctor san Pablo:

6. *Idem*, tratado XII, § 1 y 9, vol. I, p. 73.

7. *Idem*, tratado XVI, § 16, vol. II, p. 20.

El destino es el encuentro de numerosas potestades opuestas, son invisibles y no aparecen, regulan el curso de los astros y gobiernan a través de ellos. Pues, según cada uno de los astros se encuentre en primer lugar, en elevación en el movimiento colectivo del mundo, le toca en suerte la dominación de los seres engendrados en ese momento decisivo,⁸ como si fueran sus hijos. Así pues, a través de las estrellas fijas y los planetas, las potestades invisibles, vehiculadas por estos astros, rigen y presiden las generaciones...

Los doce signos del Zodíaco y los siete astros que se desplazan en ellos, ya sea en conjunción o en oposición, astros ascendentes o astros cadentes [...] estos astros, movidos por las potestades, revelan el movimiento de la substancia,⁹ y provocan la generación de los seres vivos y la evolución del conjunto de los aspectos. Y dichos astros, como las potestades, son de especies diferentes: benéficos o maléficos, diestros o siniestros. Su coyuntura produce lo engendrado; cada ser, por estas influencias, es generado en un instante que le es propio, y el elemento dominante es el realizador de las condiciones de la naturaleza, en parte en el comienzo de la vida, en parte durante su realización.

El Señor nos arranca de esta disensión y batalla de las potestades, y nos trae paz retirándonos del frente de combate de dichas potestades...¹⁰

Clemente prosigue comparando este espíritu astral al mal pastor del que habla san Juan,¹¹ que huye abandonando sus ovejas al ver que se acerca el lobo, o sea, la muerte. Por oposición al mal pastor, Cristo es llamado buen pastor, porque su espíritu comunica la vida a sus ovejas.¹²

Por esta razón —continúa Clemente de Alejandría— el Señor descendió para traer la paz, la del Cielo [o sea, la gracia celeste] a aquellos que están en la tierra, así como dice el apóstol: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra» (*Lucas II*, 14). Por ello un 'astro' (*aster*)

8. El momento de nacer.

9. El espíritu astral.

10. *Extractos de Teodoto*, § 69 a 80.

11. *Juan X*, 1-18.

12. Sin duda por esta misma razón uno de los tratados de Hermes, cuyos extractos hemos citado, se titula *Poimandrés* 'el pastor de los hombres', el buen pastor.

ajeno y nuevo se ha alzado, destruyendo la antigua ordenanza de los astros, y brilla con una luz nueva que no es de este mundo, trazando nuevas vías de salvación, como ha hecho el mismo Señor, guía de los hombres, que descendió a la tierra a fin de transferir de la fatalidad [del destino] a su providencia, a aquellos que han creído en Cristo.

Pero la fatalidad existe para todos los demás; es lo que demuestra la realización de los horóscopos y otra prueba manifiesta es también la especulación de la astrología.

[...] Así pues, del mismo modo que el nacimiento del Salvador nos ha hecho salir del devenir y de la fatalidad, también su bautismo nos retira del fuego, y su pasión, de la pasión [el espíritu astral es como un fuego devorador] a fin de que podamos seguirle en todo. Pues aquel que ha sido bautizado en Dios avanza hacia Dios y recibe el poder de hollar escorpiones y serpientes, o sea las malas potestades.

Y el Salvador ordenó a sus apóstoles: Id y predicad; y bautizad en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo a aquellos que crean en los que somos regenerados volviéndonos superiores a todas las demás potestades.¹³

En este sentido se llama al bautismo *muerte y fin de la antigua vida*, pues renunciamos a los principios malvados, y *vida según Cristo*, el único dueño de esta vida. El poder que produce la transformación del bautizado no se ejerce sobre el cuerpo, pues es el mismo hombre el que sale del agua, sino sobre el espíritu (*psique*). En cuanto sale del bautismo, es llamado servidor de Dios y dueño de los espíritus impuros: y he aquí que ahora se estremecen de temor ante él aquellos que poco antes lo obsesionaban.

Por tanto, hasta el término del bautismo la fatalidad es real; pero después, los astrólogos no permanecen en la verdad. Por otra parte, no sólo el baño es liberador, sino que constituye la *gnosis*: ¿Quiénes éramos? ¿en qué nos hemos convertido? ¿dónde estábamos? ¿dónde hemos sido arrojados? ¿hacia dónde nos apresuramos? ¿de dónde hemos sido rescatados? ¿qué es la generación? Y ¿qué es la regeneración?

13. Hay que creer pues, que al principio los apóstoles habían recibido este poder de transmisión del «don de Dios» que libera del ciclo de las generaciones y corrupciones, o sea, de la fatalidad astral.

En Clemente encontramos la misma idea expresada por san Pablo: el descenso de la «estrella» libera al hombre de la antigua ordenanza de los planetas, o sea, del yugo de las potestades, del peso del destino astral. Cuando Clemente de Alejandría habla de la estrella de los Magos, emplea el término griego *aster*, que posee un sentido muy preciso para sus lectores griegos: significa 'estrella' en general, 'luz', pero también 'estrella Sirio'. Esta estrella que pertenece a la Constelación del Gran Can (en el grado 13 de Cáncer) era llamada Sotis por los egipcios, que la habían consagrado a la gran diosa Isis. La estrella de los Magos representa, pues, «la dama de los mil nombres».

No es en modo alguno casual que san Pablo afirme en el texto que hemos citado al principio: «pues por la gracia sois salvados mediante la fe; y esto no os viene de vosotros, es un *don de Dios*».

Efectivamente, para los primeros cristianos la gracia representa exactamente lo mismo que Sotis para los egipcios, o sea, la gran dama del cielo: Isis, aquella que dice:

Soy la naturaleza, la madre de las cosas, dueña de todos los elementos, origen y principio de los siglos, divinidad suprema, reina de los manes, primera entre los habitantes del cielo, prototipo uniforme de los dioses y diosas. Soy yo, cuya voluntad gobierna las bóvedas luminosas del cielo, los soplos saludables del océano, el silencio lúgubre de los infiernos. Potestad única, soy, por el universo entero, adorada bajo diversas formas, con ceremonias diversas, bajo mil nombres diferentes.¹⁴

Así pues, para los primeros cristianos la estrella de Belén, la gracia o el bautismo representan el mismo símbolo, que se refiere al misterio de la regeneración, misterio que parece haberse perdido considerablemente pronto en la Iglesia, pues el bautismo ritual que conocemos no es más que su imagen. ¿No fue también san Pablo quien dijo:

14. En lo que a Isis se refiere, véase LA PUERTA nº 5, invierno 1980: «Los misterios egipcios según el tratado *De Isis y Osiris* de Plutarco», y en particular, p. 65.

Estos sacerdotes sirven en un santuario que es imagen y sombra del celestial, según fue revelada a Moisés cuando se disponía a ejecutar el tabernáculo: Mira, –se le dijo– y hazlo todo según el modelo que te ha sido mostrado en el monte?¹⁵

He aquí por qué los primeros cristianos, algunos de los cuales conocían el secreto transmitido al principio, hablan una lengua que ya no comprendemos, o que comprendemos mal; efectivamente, hemos llegado a tomar la imagen o el símbolo por la realidad operativa y experimental, que no es más que su representación.

Es fácil entender por qué bajo esta óptica, al principio los Padres de la tradición cristiana desacreditaron la ciencia astrológica, juzgándola inútil, nociva e incluso demoníaca. Aquellos que, por la operación efectiva de la gracia bautismal, han sido transferidos del poder del destino astral o astrológico al de la gracia o Providencia, como nos dice Clemente, a éstos no les hace ninguna falta su horóscopo. Por otra parte, aquellos que no han sido hechos partícipes de este don, no pueden, sin duda alguna, pretender ser liberados del yugo de su destino.

A los primeros, la gracia celeste, el alma del mundo –como decían los griegos– los guía, purifica e ilumina; los regenera en espíritu de una vez por todas.

La gracia celeste es una agua viva que los Filósofos herméticos llaman «agua ardiente», pues contiene la fuerza ígnea que anima el Universo. Sólo ella puede liberar al hombre de su destino astrológico. Así, desde el punto de vista del creyente, la ciencia astrológica es nociva si hace olvidar que Dios y su Providencia, dueña de los astros, cuentan más que los planetas y sus tránsitos.

En el siglo XII encontramos la misma enseñanza en Ramon Llull, cuando en su *Arbol de la Ciencia*, considera herético «aquell qui ha major temor de Géminis e de Càncer que de Déu». El término herético nos puede parecer excesivo, pero hay que situar las palabras de Llull en su contexto histórico. Por otra parte, si examinamos esta

15. *Hebreos VIII*, 5.

afirmación bajo la óptica que nos ocupa, es más profunda de lo que parece a primera vista, pues Dios es ciertamente esta «voluntad» que habita el alma del mundo, que da movimiento a los astros; es pues, en ella donde ha de poner su confianza el creyente, más que en los planetas o signos astrológicos que no son más que sus instrumentos imperfectos y ciegos en el mundo sublunar. Es una cuestión de inteligencia pero también de fe, ya que sólo esta última puede darnos acceso al «don de Dios» del que san Pablo nos habla al principio.

Por tanto, la Iglesia no se equivocaba cuando afirmaba que el bautismo borraba los efectos del pecado original. Pero actualmente habla en imágenes, y ya no es capaz de transmitir esta realidad bautismal a la que se refieren tanto san Pablo como Clemente o Hermes Trismegisto, como hemos visto; el yugo del destino astrológico sigue aún pesando mucho sobre sus miembros: «Que la fatalidad existe para todos los demás –dice Clemente– es lo que demuestra la realización de los horóscopos...»

Antes de concluir con un extracto de Clemente de Alejandría, querríamos hacer hincapié en esta frase que nos parece importante: «El poder que produce la transformación del bautizado no se ejerce sobre el cuerpo, [pues es el mismo hombre el que sale del agua] sino sobre el espíritu», lo cual parece afirmar que la regeneración producida por el bautismo real no tiene efecto más que sobre el espíritu, y no sobre el cuerpo. Se trata de la regeneración espiritual y todavía no de la regeneración corporal que puede ser su culminación.¹⁶

Hemos visto la enseñanza de los griegos acerca del problema del destino astrológico y del destino divino del hombre y cómo la Iglesia primitiva parecía estar perfectamente de acuerdo con ellos.

Veamos ahora la tradición judaica. La interrogaremos y hallaremos en ella la misma enseñanza.

16. Véase a este respecto *El Mensaje Reencontrado*, XXXVI, 13 y 13', ed. Sirio, Málaga, 1996.

El gran exégeta Rashi, cuyos comentarios acompañan las ediciones de la Biblia hebrea, nos ofrece la siguiente explicación a propósito del Patriarca Abraham:

Abraham procedía de la ciudad de Ur, en Caldea, cuyos sabios eran excelentes astrólogos. Tenía pues, según la tradición oral de los hebreos, un perfecto conocimiento de la ciencia de los astros y había leído en su horóscopo que no podía tener descendencia, por esta razón, Abraham¹⁷ pregunta al Señor:

Señor, ¿qué vas a darme? Yo me iré sin hijos... Y sacándole fuera el Señor le dijo: Mira al cielo y cuenta, si puedes, las estrellas; así de numerosa será tu descendencia.¹⁸

Rashi comenta este versículo de la siguiente manera:

Esto significa: Sal de tu destino, tal como está escrito en las estrellas [o sea en su horóscopo]; has visto en el estudio de los astros que no tendrás hijo alguno, pero no medites sobre ello, sobre la ciencia de los astros, sino sobre el secreto de mi Nombre.

El Señor le dijo, pues, que con el poder de su Nombre sagrado, el que Él le dio, Abraham podrá salir de su destino astrológico y, a pesar de lo que está escrito en él, ser padre de una multitud.

17. En *Génesis* XV, 5.

18. A propósito de «Y sacándole fuera el Señor le dijo: Mira el cielo...», véase el *Tractatus Aureus*, p. 83 de esta misma PUERTA: «los demás filósofos recomiendan a los discípulos del arte que busquen en sí mismos las raíces minerales. Por esta razón dicen: "A partir de ahora, conociendo los principios de tu nacimiento, la semilla o materia prima de la que está compuesta la piedra ya no te será ocultada". Esta frase parecerá, desde luego, absurda para el hombre grosero que ignora los arcanos naturales, pues será incapaz de imaginar cualquier similitud ni parentesco entre la semilla del hombre que es animada, y los cuerpos llamados inanimados, según la opinión de ciertos ignorantes, de los metales y las piedras. Pero si te hiciera salir junto con Abraham de tu mansión mugrienta y corporal y te llevara a contemplar los astros espirituales que reposan ocultos en todas las cosas, ya no serías tan reacto a nuestra sentencia sino que muy al contrario penetrarías en ella a pies juntillas. Abre pues los ojos y considera nuestro cielo filosófico miríficamente adornado de una multitud infinita de estrellas».

Esta bendición que recibe el Patriarca no depende de los astros, sino que procede de más arriba, de Dios mismo.

Los hombres suspiran tras las estrellas sin saber que el sol rueda bajo sus pies y reposa a veces en sus manos de ciegos. «La piedra bruta se convertirá en plegaria y la plegaria se convertirá en piedra preciosa».

Todos ven el cielo al descubierto. Algunos utilizan la influencia de las estrellas. Un puñado capta la luz de la luna. Pero sólo uno encarna la vida del sol perfectísimo.¹⁹

19. Véase *El Mensaje Reencontrado*, op. cit., III, 33 y 33'.

La cárcel del destino

Sergio d'Hooghvorst

Todos nosotros vivimos nuestra vida bajo la influencia implacable del destino que nos rige como un *tirano*, cuando, de hecho, nuestro verdadero destino es otro, y no el que nos viene dado por la influencia de los planetas y de las estrellas en el momento de nuestro nacimiento.

Hay dos destinos: por una parte el destino con el cual llegamos a esta tierra, regido por los planetas, y por otra, el destino verdadero, que es el que recibimos de arriba, cuando el Dios que todos llevamos dentro es liberado de su encarcelamiento.

Veamos cómo define *El Mensaje Reencontrado* el verdadero destino del hombre: «El destino del hombre es Dios y Dios es como la unidad del Ser en la inmensidad de la vida».¹

Sin la unidad del Ser, el Dios contenido en todo ser humano está en un estado caído, encarcelado, apresado por unos tiranos que *son del mismo género que él*; no puede hacer nada cuando, en realidad, está destinado a ser muy poderoso.

1. L. Cattiaux, *El Mensaje Reencontrado*, ed. Sirio, Málaga, 1996, X, 41'.

Este cautiverio impuesto por las fuerzas del destino caído, así como la posibilidad de salir de la cárcel y de qué manera esto puede lograrse, es lo que nos viene a explicar el diálogo entre el Alquimista y Saturno, extraído del interesante y bello tratado de El Cosmopolita, titulado *La Nueva Luz Química*,² que seguidamente reproducimos.

Antes de iniciar el diálogo, el autor hace esta pequeña explicación sobre el Azufre, centro de todos los intereses del Alquimista:

Toda nuestra operación en este Arte no debe ser otra cosa que aprender a sacar el Azufre del cuerpo de los metales, mediante el cual nuestra plata viva se congela en Oro y en Plata en las entrañas de la Tierra.

Empieza el diálogo entre La Voz, que es Saturno, y el Alquimista:

La Voz. – Te equivocas cuando maldices el Azufre, pues estando encarcelado, no puede ser favorable a toda clase de gente, ya que está en una cárcel muy oscura, con los pies atados, y no sale de allí más que para ir adonde sus guardianes le quieren llevar.

El Alquimista. – Y ¿por qué está encarcelado?

La Voz. – Porque quería obedecer a todos los alquimistas y hacer todo lo que ellos querían, en contra de la voluntad de su madre que le había ordenado no obedecer más que a los que la conocieran. Es por ello que lo hizo encarcelar y ordenó que se le ataran los pies, y le designó guardianes a fin de que no pudiera ir a ninguna parte sin su voluntad.

El Alquimista. – ¡Oh miserable! este es el motivo de que no me haya podido socorrer: ciertamente, su madre le causa gran perjuicio. Pero, ¿cuándo saldrá de estas prisiones?

La Voz. – Amigo mío, el Azufre de los Filósofos no puede salir de ellas más que tras muy largo tiempo y con grandísimos trabajos.

El Alquimista. – Señor, ¿quiénes son los que lo guardan?

La Voz. – Amigo mío, sus guardianes son del mismo género que él, pero son tiranos.

2. Le Cosmopolite, *Nouvelle Lumière Chymique*, ed. Retz, París, 1976, pp. 196-207.

El Alquimista. – Pero, vos, ¿quién sois? y ¿cómo os llamáis?

La Voz. – Soy el juez y el carcelero de estas prisiones y mi nombre es Saturno.³

El Alquimista. – ¿El Azufre está pues detenido en vuestras prisiones?

La Voz. – El Azufre está verdaderamente detenido en mis prisiones, pero tiene otros guardianes.

El Alquimista. – Y ¿qué hace en las cárceles?

La Voz. – Hace todo lo que quieren sus guardianes.

El Alquimista. – Pero, ¿qué sabe hacer?

La Voz. – Es un artesano que hace mil obras diferentes; es el corazón de todas las cosas: sabe mejorar los metales,⁴ corregir las minas; da el entendimiento a los animales; sabe producir toda clase de flores en las hierbas y en los árboles; domina sobre todas estas cosas; es él quien corrompe el aire y después lo purifica; es el autor de todos los olores del mundo y el pintor de todos los colores.

El Alquimista. – ¿Con qué materia hace las flores?

La Voz. – Sus guardianes le proporcionan las vasijas y la materia: el Azufre la digiere y, según la diversidad de la digestión que haga y en función del peso, produce diversas flores y varios olores.

El Alquimista. – Señor, ¿es viejo?

La Voz. – Amigo mío, tienes que saber que el Azufre es la virtud de cada cosa: es el más joven, pero el más anciano de todos, el más fuerte y el más digno; es un niño obediente.

El Alquimista. – Señor, ¿cómo se le conoce?

La Voz. – Mediante modos admirables; pero se hace conocer por los animales mediante su razón vital, por los minerales mediante su color, por los vegetales mediante su olor: sin él, su madre no puede hacer nada.

El Alquimista. – ¿Es el único heredero, o bien tiene hermanos?

La Voz. – Amigo mío, su madre sólo tiene un hijo de esta naturaleza, sus demás hermanos están asociados a malvados; tiene una her-

3. A menudo se representa a Saturno como un anciano de pelo canoso y con una guadaña. También se le relaciona con el tiempo. Véase el grabado de Petrus Telemanianus de la p. 40.

4. «Sabe mejorar los metales»: el dios Vulcano, hermano de Zeus que fue precipitado desde el Olimpo, también trabajaba los metales.



En este grabado de Petrus Telemarianus se observa a una joven desnuda que sale de un edificio en ruinas. Un hombre anciano de pies caprinos y que lleva una guadaña, la toma de la mano. La joven sostiene en su mano izquierda un espejo ovalado. Alrededor del grabado está escrito: «De las moradas cavernosas y llenas de oscuridad, Dios por medio del Tiempo extrae la verdad.», *De l'Architecture Naturelle*, 1949.

mana que ama y de la cual es amado recíprocamente, ya que es como su madre.⁵

El Alquimista. – Señor, ¿está en todas partes, y en todos lugares con una misma forma?

La Voz. – En cuanto a su naturaleza, siempre es una y de una misma forma, pero se diversifica en las cárceles; sin embargo, su corazón es siempre puro, pero sus vestidos están mancillados.

El Alquimista. – Señor, ¿ha estado alguna vez libre?

La Voz. – Sí, ciertamente, ha estado muy libre, principalmente durante la vida de estos Hombres sabios que tenían una gran amistad con su madre.

El Alquimista. – Y, ¿quiénes fueron éstos?

La Voz. – Ha habido una infinidad. Hermes, que era una misma cosa con su madre, ha estado entre ellos. Después, han seguido varios reyes, príncipes, y muchos otros Sabios tales como eran en aquél tiempo Aristóteles, Avicena y otros, quienes liberaron el Azufre, ya que todos éstos han sabido desligar las ataduras que tenían al Azufre agarrotado.

El Alquimista. – Señor, ¿qué les dio por haberlo puesto en libertad?

La Voz. – Les dio tres reinos.⁶ Ya que, cuando alguien lo sabe disolver y liberar de la cárcel, subyuga a sus guardianes (que ahora lo gobiernan en su reino), los ata, entrega y somete a quien lo ha liberado, y también les da en posesión sus reinos.⁷ Pero, lo que es más grande, es que en su reino hay un espejo⁸ en el que se ve todo el mundo. Quienquiera que mire en este espejo, puede ver y aprender las

5. La diosa Isis de los egipcios era hermana, pero también madre de Osiris.

6. EH dice lo siguiente: «Llevado por una *funesta curiosidad*, Ulises decide visitar a uno de esos Cíclopes en su caverna: quería verle y saber «qué presentes debía traerle» (IX, 229), «El Hilo de Penélope, Reflexiones sobre la Odisea III», en LA PUERTA. *Tradicón Griega*, ed. Obelisco, Barcelona, 1992, p. 31.

7. Nicolás Valois escribe: «Te haré dueño de la fortaleza en que estoy [...]. Ya que esta Agua encerrada se regocija con su compañera, que viene a liberarla de sus cadenas, y se mezcla con ella, rechazando todo lo que le es contrario...» en LA PUERTA. *Los Cinco Libros ó La Llave del Secreto de los Secretos*, ed. Dialt, Barcelona, 1996, p. 25. Así pues, parece ser que una vez liberado, es capaz de convertir la fortaleza donde está encerrado, para darla a quién le libera. Esta prisión, una vez reformada, tiene su utilidad.

8. Véase el grabado de la p. 40.

tres partes de la sabiduría de todo el mundo y, de este modo, se volverá muy sabio en estos tres reinos [...]

El Alquimista. – Dicen que el Azufre es una Medicina.

La Voz. – Es la Medicina y el mismo Médico, y da como reconocimiento, su sangre, que es una Medicina para quien le libera de la cárcel [...]

El Alquimista. – Señor, ¿puede hacer algo el Azufre respecto a los metales?

La Voz. – Ya te dije que lo sabe hacer todo, sin embargo, todavía tiene más poder sobre los metales que sobre cualquier otra cosa, pero como sus guardianes saben que fácilmente puede salir, lo guardan estrechamente en fortísimas cárceles, de modo que no puede respirar; ya que temen que llegue al palacio del Rey.

El Alquimista. – Señor, ¿acaso está del mismo modo encarcelado el Azufre en todos los metales?

La Voz. – Está encarcelado en todos los metales, pero de modo distinto: no está tan estrechamente encerrado en unos como en otros.

El Alquimista. – Señor, ¿y por qué está retenido en los metales con tanta tiranía?

La Voz. – Porque si hubiera llegado a su palacio real, ya no temería a sus guardianes, ya que entonces podría mirar por las ventanas con libertad y hacerse ver de todos, pues estaría en su propio reino, aunque no todavía en el estado más poderoso al que desea llegar.

El Alquimista. – Señor, ¿qué come?

La Voz. – El viento es su carne, cuando está libre, come viento cocido; y cuando está en la cárcel, está obligado a comerlo crudo.⁹

El Alquimista. – Señor, ¿se podría reconciliar la enemistad entre él y sus guardianes?

La Voz. – Sí, si hubiera alguien lo suficientemente prudente para ello.

El Alquimista. – ¿Por qué no les habla de establecer un acuerdo?

La Voz. – No sabría hacerlo por sí mismo, ya que en seguida se pone furioso y colérico contra ellos.

El Alquimista. – ¿Por qué no interpone, pues, un tercero para establecer la paz?

9. N. Valois: «... nuestra agua, que es llamada 'mercurio crudo e imperfecto'» (*op. cit.*, p. 29).

La Voz. – Aquél que pudiera hacer esta paz entre ellos sería, en verdad, el más dichoso de todos los hombres y digno de eterna memoria, pero esto sólo puede ocurrir por medio de un hombre muy sabio,¹⁰ que estuviera de acuerdo con la madre del Azufre y tratara con ella. Ya que, si fueran amigos sólo una vez el uno no impediría al otro, más bien, sus fuerzas, estando unidas, producirían cosas inmortales. Ciertamente, aquél que hiciera esta reconciliación sería recomendado a toda la posteridad y su nombre debería estar consagrado para la eternidad.

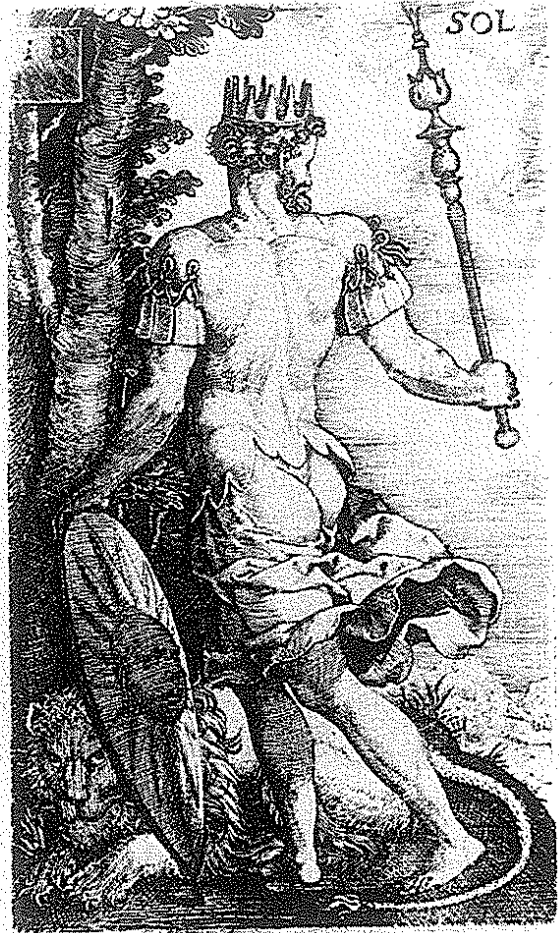
10. Nos puede transmitir la llave de la liberación quien la posee. Éste es el Adepto, que antes realizó la misma operación con la ayuda de la diosa Isis.

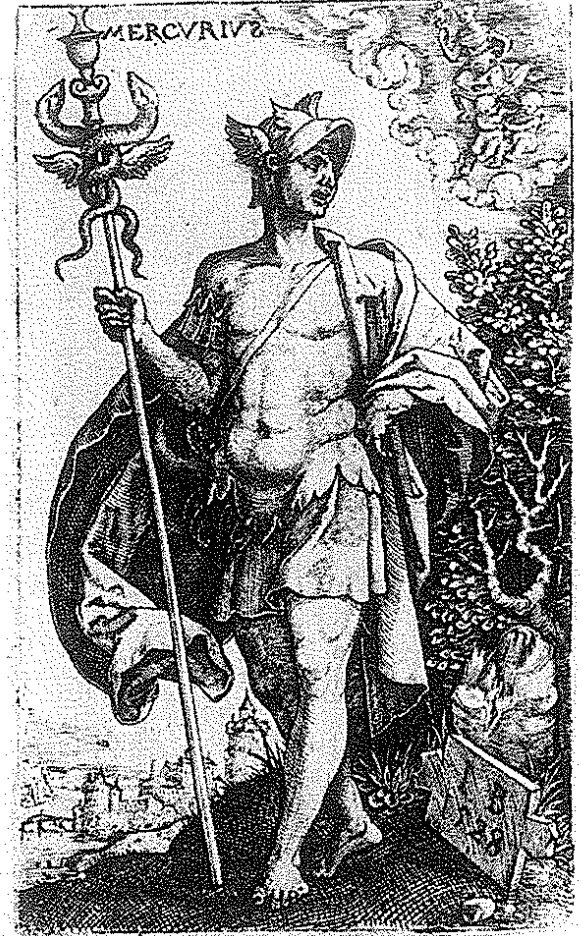
Imágenes de los planetas

según George Pencz

Durante la Edad Media la mitología clásica perduró casi exclusivamente a través de las imágenes astrológicas. En el Renacimiento se volvió conscientemente a las fuentes clásicas, recuperando, a partir de las figuras planetarias, todo el contenido de los dioses olímpicos y de la antigua mitología. Las imágenes que reproducimos a continuación son un excelente ejemplo de ello; se deben a George Pencz, conocido como el maestro I.B. y están fechadas en 1528.









Profecía y astrología¹

Claude Froidebise

Traducción, L. Vert

El capítulo dieciocho de *Deuteronomio* nos proporciona a la vez una enseñanza sobre la profecía y sobre la astrología. Resumámoslo brevemente. De entrada se enuncian los métodos de adivinación usados en todas las naciones, que son una abominación para el Señor y no pueden ser practicados por Israel, en cuyo seno Dios ha suscitado de edad en edad un profeta.

Para penetrar este texto y saber a qué alude, invitamos al lector a leer los extractos del comentario de este pasaje que nos ha dejado Najmánides.²

1. Aparecido en la revista *Le Fil d'Ariane*, n° 43-44, invierno 1992, Rue des Combattants 27, B-1457 Walhain-St-Paul.

2. Rabí Moisés ben Najmán, *Comentario sobre la Torá*. Para nuestra traducción hemos utilizado la edición Mossad Harav Kook, Jerusalén, 1959. Existe una traducción inglesa que nos ha ayudado en gran manera, *Ramban, Commentary on the Torah*, translated and annotated by Rabbi Dr. Charles B. Chavel, Shilo Publishing House, Nueva York, 1971.

Najmánides vivió en Gerona, dentro del reino de Aragón, en el siglo XIII. Este gran cabalista defendió la concepción judaica del Mesías ante el rey de Aragón y los representantes de la Iglesia cristiana. Recomendamos la lectura del texto de esta controversia, denominada *La Disputa de Barcelona*, que ha sido publicada en francés por la editorial Verdier, 1984 y en catalán por la editorial Columna, 1985.

Introduce su exposición con una interpretación del versículo: «Es abominación ante el Señor todo hombre que hace esto» (*Deuteronomio* XVIII, 12). Se trata de uno de los pasajes utilizados habitualmente por los detractores de las artes adivinatorias para probar que están prohibidas por Dios. Sin embargo, nuestro comentador hace hincapié sutilmente en que no está dicho que es abominación para el Señor el hombre que hace «todo esto». «Todo hombre que hace esto» dejando sobreentendido que ciertas prácticas están permitidas. Y concluye:

No es por este motivo por el que Dios ha despojado a los cananeos, pues todos los hombres tienen el deseo de saber su porvenir y se ocupan de tales ciencias para conocerlo.

Por el contrario –añade– lo que está prohibido es modificar la Naturaleza. Seguidamente da una descripción de la disposición del mundo:

Sabe y comprende que cuando el Creador, bendito sea, creó el todo de nada, hizo que las cosas superiores rigieran las cosas inferiores, situadas por debajo de las primeras, dando el poder sobre «la tierra y todo lo que contiene» (*Nehemías* IX, 6) a los planetas y signos zodiacales, según su curso y aspectos recíprocos, como lo prueba la ciencia de los astrólogos. Y además por encima de los planetas y constelaciones, colocó como rectores a los ángeles y gobernadores que son su espíritu, siguiendo cada cosa su curso desde el inicio de su existencia hasta la eternidad, según el decreto establecido por el Altísimo.

He aquí la realidad del determinismo astral demostrada por Najmánides. Antes de abordar la continuación de su comentario sobre el *Deuteronomio*, proponemos profundizar esta noción por medio de la lectura de algunos textos.

El determinismo astral

San Pablo describe nuestra caída en su carta a los *Efesios*:

...Y vosotros estabais muertos por vuestros delitos y pecados, en los que en otro tiempo habéis vivido siguiendo el espíritu de este mundo, bajo el príncipe de las potestades aéreas, bajo el espíritu que actúa en los hijos de la desobediencia: entre los cuales todos nosotros fuimos también contados en otro tiempo y seguimos los deseos de nuestra carne, cumpliendo sus voluntades y las de nuestros pensamientos; siendo por naturaleza hijos de la ira, como los demás» (*Efesios* II, 1 y 2).

Esta enseñanza sobre el aire nos hace comprender por qué el tema astrológico se calcula a partir del instante preciso en el que el niño respira por primera vez. Igualmente la tradición hermética relata que:

Todos estos demonios han recibido en suerte pleno poder sobre los asuntos de la tierra y sobre los desórdenes que en ella se producen, y provocan toda clase de perturbaciones, en general para las ciudades y pueblos, y en particular para cada individuo. Pues tratan de remodelar nuestras almas en su interés, y excitarlas, instalados en nuestros músculos y en nuestros tuétanos, en nuestras venas y arterias, en el mismo cerebro, penetrando hasta nuestras propias entrañas. Pues una vez que cada uno de nosotros ha venido a nacer y ha sido animado, es tomado a su cargo por los demonios que están de servicio en el instante mismo de su nacimiento, es decir, que han sido puestos bajo las órdenes de cada uno de los astros.³

Hay que observar la trampa de esta excitación funesta provocada por los demonios «en su interés». ¿Cuál es el fin de estos cazadores furtivos? No es éste el lugar para responder a eso, pero seamos conscientes de que la astucia ha tenido éxito hasta el punto que la mayoría de los hombres están persuadidos de que el único límite a

3. Hermes Trismegisto, *Obras completas*, ed. Muñoz Moya y Monraveta, Barcelona, 1985, *Poimandrés*, tratado XVI, § 14 y 15.

su libertad es su propia voluntad. Está dicho que «el mismo Satán se disfraza de ángel de luz» (*II Corintios XI, 14*). Las doctrinas que niegan la existencia de nuestras trabas no son por eso más emancipadoras. Las cadenas existen, y romperlas no está en nuestro poder. Nuestra esperanza reside en el poder de nuestro Redentor, en Jesucristo «que, una vez sometidos a Él los ángeles, las potestades y las virtudes, subió al cielo y está sentado a la diestra de Dios» (*I Pedro III, 22*).

Najmánides desarrolla la misma idea en su comentario del versículo:

«El Señor apareció a Abraham y le dijo: Yo soy el *Shaday*, camina ante mí y sé perfecto» (*Génesis XVII, 1*). Según dijo Rabí Abraham ibn Ezra, hay una analogía entre *Shaday* y la palabra *shoded*, 'aquel que destruye', como para decir que vence y devasta los ejércitos celestes. Y concluye: ahora Dios dice a nuestro padre Abraham que es el poderoso y el victorioso, que lo hace prevalecer sobre el signo de nacimiento, que engendrará y que habrá una alianza eterna entre él y su descendencia, pues su «pueblo será la porción del Señor» (*Deuteronomio XXXII, 9*); por su voluntad los guiará y nunca más estarán sometidos al gobierno de un planeta ni de una constelación.

Asimismo hace constar que el Señor es quien saca a su pueblo fuera de Egipto. Con eso debemos comprender que es únicamente su intervención la que nos salva de la esclavitud, si se lo pedimos todos los días de nuestro exilio:

A excepción de él, no estableceréis ningún gobernador ni protector sobre vosotros, pues es quien «os sacó del horno de hierro» (*Deuteronomio IV, 20*). Ciertamente estábais en Egipto en un horno de fuego y leña, y os sacó de allí a pesar de los gobernadores, pues ejecutó sobre ellos sus juicios (*Éxodo XII, 12*). Si no los hubiera arrebatado, no habríais salido, pues poseían tal ascendente que no habríais partido. Sin embargo, ha hecho todo esto a fin de que seáis su heredad, y un tesoro para su Gran Nombre entre todos los pueblos (*Éxodo XIX, 5*).

Leamos también su comentario sobre la expresión «Sé perfecto» (*Génesis XVII, 1*) que relaciona los textos: «Sé perfecto con el Señor, tu Dios» y «No sea hallado en medio de ti [...] quien se dé a la adivinación, ni a la magia, ni a las hechicerías ni encantamientos» (*Deuteronomio XVIII, 13 y 10*):

Estos dos versículos están ahí para que cada uno crea en su corazón que el Santo, bendito sea, y sólo él, tiene el poder del principio hasta el fin y puede actuar o reposar, y para que no escuche a los magos, adivinos, agoreros y hechiceros y no crea que sus palabras sucederán ineluctablemente. Al contrario, decretará en su corazón que todo está en la mano del Altísimo, que es Él, el *Shaday* quien hace el bien aún cuando no esté en la constelación y quien atrae el mal aún cuando la constelación sea buena y beneficiosa. Según el modo como el hombre camine ante él, «anula los signos de los embusteros y vuelve insensatos a los adivinos» (*Isaías XLIV, 25*). He aquí lo que los sabios han dicho a propósito de: «El Señor, sacando fuera a Abraham, le dijo: Mira al cielo, y cuenta, si puedes, las estrellas; así será tu descendencia» (*Génesis XV, 5*): ¡Sal de tu tema astrológico!

«Así será tu descendencia» alude a la generación de los profetas que escapa al destino de la naturaleza mortal. La Escritura presenta la salvación como un nuevo engendramiento. A causa de nuestro primer nacimiento, estamos sometidos a estos salteadores, que son los astros que hacen decir a san Pablo: «No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero» (*Romanos VII, 19*). Sin embargo, el apóstol san Juan dice de los que por la resurrección de Jesucristo renacen de entre los muertos (*I Pedro I, 3 y 23*): «Quien haya nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él» (*I Juan III, 9*). ¡Éste escapa entonces a la pena capital que le prometía la gula de Júpiter, la lujuria de Venus, la cólera de Marte, el orgullo del Sol, la avaricia de Saturno, la pereza de la Luna y la envidia de Mercurio! Éste exclamará:

Él nos ha salvado, no por las obras justas que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, mediante el bautismo de la regeneración y renovación del Espíritu Santo (*Tito III, 5*).

No dejemos a Abraham, quien a la entrada de su tienda contemplaba los astros, sin haber leído su maravilloso diálogo con el Santo, bendito sea, que encontramos en el *Talmud de Babilonia* (*Chabbat*, 156a y *Nedarim* 32a).

Rabí Hanina ha dicho: Israel no tiene constelación. ¿Por qué? Pues está dicho: Así dice el Señor: «No os acostumbréis a seguir los caminos de las naciones, no temáis los signos celestes que a ellas les producen terror» (*Jeremías* X, 2). Ellas los temen pero Israel, no. Rav es de la misma opinión: que Israel no tiene constelación. Ha dicho: ¿De dónde sabemos que Israel no tiene constelación? Pues está dicho: «Dios, sacando fuera a Abraham» (*Génesis* XV, 5) Abraham dijo al Santo, bendito sea: «Dueño del mundo, el heredero de mi casa será Eliezer». Le respondió el Señor: «No te heredaré ése; uno salido de tus entrañas, ése te heredará» (*Génesis* XV, 3 y 4). Abraham replicó: Dueño del mundo, he estudiado mi tema astrológico y he visto que no soy apto para engendrar un hijo. Él le dijo: Sal de tu tema astrológico, pues Israel no tiene constelación. ¿Qué es lo que te hace pensar esto? Abraham respondió: Que Júpiter está en occidente. Dios respondió: ¡Yo haré que sea retrógrado y lo estableceré en oriente para ti! Por ello está dicho: «¿Quién ha hecho levantarse Júpiter desde el oriente? Lo llamará para que lo siga» (*Isaías* XLI, 2).

Ahora comprendemos por qué está dicho: «Cuando hayas entrado en el país que el Señor, tu Dios, te da, no imites las abominaciones de esas naciones» (*Deuteronomio* XVIII, 9). Así pues, existe una forma de adivinación oscura, propia a todos los hombres, pero para quien le es dado entrar en la tierra de Israel, resuena el verbo profético.

Comentario de Najmánides

«Sé perfecto con el señor tu Dios» (*Deuteronomio* XVIII, 13).

Esto significa que únicamente uniremos nuestros corazones a él, y que creeremos que él sólo lo hace todo y conoce exactamente todo lo que sucederá. Solamente él nos informará de los sucesos futuros, por

medio de sus profetas u hombres piadosos, su voluntad se expresa por el *Urim* y el *Tumim*⁴. No consultaremos a astrólogos (*Isaías* XXXVII, 13) ni a nadie y no creeremos que sus palabras se realizarán ineluctablemente, mas si escuchamos una de sus predicciones, diremos: «Todo está en la mano de los cielos»⁵. En efecto, es el «Dios de los Dioses» (*Deuteronomio* X, 17), el Altísimo superior a todo, el Todopoderoso sobre todo, quien modifica las disposiciones de los planetas y constelaciones según su voluntad, aquel que dice: «anulo los signos de los embusteros y vuelve insensatos a los adivinos» (*Isaías* XLIV, 25), y creeremos que el futuro será, en la medida que el hombre se acercará a Él para servirle. Por eso, después de haber prevenido a los que plantean preguntas sobre el futuro a quien practica la adivinación e interroga a «los muertos sobre la suerte de los vivos» (*Isaías* VIII, 19), dice que debes ser perfecto con el Nombre en este ámbito, y no temer a quien explica lo que sucederá. Al contrario, interrogarás al profeta de Dios y le escucharás (*Deuteronomio* XVIII, 15). Ésta es también la opinión de Onkelos que traduce el versículo en cuestión (*id.* XVIII, 13) de la manera siguiente: «Tú serás perfecto en el temor del Señor tu Dios», es decir, que su temor no te faltará en nada. *Tamim*, 'perfecto', significa, en efecto, la completa realización de una cosa, como en la expresión: «El cordero perfecto» (*Éxodo* XII, 5) porque no hay defecto ni falta en él.

*

«El Señor, tu Dios, te suscitará de en medio de ti, de entre tus hermanos, un profeta como yo» (*Deuteronomio* XVIII, 15).

¿Por qué está escrito «en medio de ti»? Es una alusión al hecho de que no hay profecía fuera de la tierra de Israel, de la que está dicho: «Oráculo sobre el valle de la visión» (*Isaías* XXII, 1) como nuestros

4. En su comentario sobre *Éxodo* XXVIII, 30, Najmánides explica que el *Urim* y el *Tumim* son los santos Nombres de Dios. Por su virtud, las letras inscritas sobre las piedras del pectoral brillaban ante los ojos del gran Sacerdote cuando solicitaba su juicio. *Urim* significa 'luz' y *Tumim*, 'perfección', como para decir que el *Tumim* daba la buena ordenación de las letras iluminadas por el *Urim*.

5. Se trata de una cita del *Talmud de Babilonia* (*Berajot* 33b). Encontramos en ella la noción del temor de Dios que Najmánides desarrolla más adelante.

Todo está en la mano de los cielos, salvo el temor de los cielos; «ahora, pues, Israel, ¿qué es lo que de ti exige el Señor, tu Dios, sino que temas al Señor tu Dios?» (*Deuteronomio* X, 12).

maestros han recordado⁶. Tal es la razón de las palabras siguientes: «de entre tus hermanos», ya que el Nombre te ha dado una superioridad sobre todas las naciones, es decir, que sólo a ti ha dado su Espíritu.

«Como yo», significa que vengo de en medio de tus hermanos.

«El Señor, tu Dios, te suscitará un profeta» en mi lugar, y esto se reproducirá de profeta en profeta, según lo que dice Rashi.

Para Rabí Eliezer, «como yo», significa que soy un profeta del Nombre, y no un mago ni un adivino. Puede que ser «de en medio de ti», implique que se podrá confiar en sus palabras, puesto que es uno de tus hermanos, «de en medio de ti». Por eso, según mi opinión, está dicho «como yo», ya que será «digno de fe como profeta del Señor» (*I Samuel XXX, 20*), y creerás en él como has creído en mí. Volveré a explicar este tema más adelante.

*

«Es todo lo que pediste al Señor tu Dios en el Horeb, el día de la congregación, diciendo: Que no oiga yo la voz del Señor, mi Dios, y no vea más este gran fuego, para no morir» (*Deuteronomio XVIII, 16*).

La Escritura no ha reproducido aquí íntegramente la demanda que hicieron, pues por el hecho de haber dicho: «Que no oiga yo la voz del Señor, mi Dios», no habrían obtenido más profetas. Pero cuando dijeron a Moisés: «Acércate tú y escucha lo que diga el Señor, nuestro Dios, y transmítenos a nosotros cuanto el Señor, nuestro Dios te diga, y nosotros lo escucharemos y lo haremos» (*Deuteronomio V, 27*), aceptaron creer en sus profetas, y escuchar y hacer todo lo que el Nombre ordenara por su intermediario. Por eso dice aquí: «El Señor, tu Dios, te suscitará de en medio de ti, de entre tus hermanos, un profeta como yo» (*Deuteronomio XVIII, 15*), y tendrás fe en él como tuviste fe en mí, porque es lo que has pedido, es decir, que las palabras del Nombre estén con vosotros por mi intermediario y que me escuchéis. Si eso es así, creed igualmente en los demás profetas que vienen después de mí, pues somos, ellos y yo, idénticos. He aquí la razón de:

6. Esta expresión designa Jerusalén. Se trata pues de un lugar «de abajo» del que está dicho: «Es el valle de donde se levantan todos los videntes» (*Pesikta Eicha Rabbati, 24*).

«Está bien lo que dicen» (*Deuteronomio V, 29*) que creen en mí profeta; haré lo mismo para ellos respecto a su descendencia. Podría ser que su demanda haya sido formulada en el Sinaí para las generaciones futuras, y que el hecho de haber aceptado, cuando dijeron que escucharían por medio de Moisés, según sus palabras: «y tú transmítenos a nosotros cuanto el Señor, nuestro Dios te diga, y nosotros lo escucharemos y lo haremos» (*Deuteronomio V, 27*) también era en vista a las generaciones eternas. El sentido de: «y tú transmítenos a nosotros», es el siguiente: «tú» y todos los profetas del Nombre como tú, según lo he explicado en el comentario de este versículo.

*

Los planetas recorren incansablemente los doce signos zodiacales, y su canto nos hace bailar, tanto si somos combativos como si no, todo el tiempo de nuestra vida. Entendemos por combativos los que afirman que por su propia voluntad pueden escoger la canción y el ritmo de la música. Najmánides nos recuerda la vanidad de nuestras esperanzas. ¿No basta con que la palabra de Dios nos diga: Sal de tu estúpido devenir?

Meditemos a guisa de conclusión estos dos textos unidos por una misma inspiración, aunque los siglos los separan, puesto que uno viene del antiguo Egipto y el otro, es contemporáneo; ambos nos enseñan la vía de la salvación:

Ahora conoces, hijo mío, el modo de la generación. Por la llegada de la Década, hijo mío, la generación espiritual ha sido formada en nosotros y expulsa la Dodécada, y somos divinizados por este nacimiento.⁷

El destino de los hombres está inscrito en los astros y se reabsorbe en ellos, pero quien ha fijado su vida en Dios escapa a las alternativas del destino.⁸

7. Hermes Trismegisto, *Asclepios*, tratado XIII, 10, p. 5.

8. L. Cattiaux, *El Mensaje Reencontrado*, ed. Sirio, Málaga, V, 79'.

Historia judía¹

Selección y notas, EH
Traducción, J. Lohest

I. Religados a la eternidad²

Un saduceo³ dijo a Rabí Abahu: está escrito: «Salmo de David al huir de Absalón, su hijo» (*Salmos* III, 1). También está escrito: «Mictam de David, cuando huyó delante de Saúl en la caverna» (*Salmos* LVII, 1). ¿Qué acontecimiento se produjo primero? ¿No fue el que se refiere a Saúl? Por tanto ¡hubieran tenido que escribirlo en primer lugar! El Rabí replicó: Para vosotros que comentáis la Escritura sin estar religados,⁴ es un caso difícil. Pero nosotros comentamos la Escritura estando religados⁵ y por tanto, ello no representa ninguna

1. Publicado en E. d'Hooghvorst, *Le Fil de Pénélope*, ed. La Table d'Émeraude, París, 1996, t. I, pp. 283 a 286.

2. *Talmud de Babilonia, Berajot*, 10a; trad. francesa, *Aggadoth du Talmud de Babylone*, ed. Verdier, Lagrasse, 1982, p. 69.

3. R. Abahu forma parte de la tercera generación de los *Amoraim*, o 'Maestros de la Guemarah del Talmud', y vivió en el siglo IV d. C. En aquella época ya no existían los saduceos. Pero los sasánidas que entonces vivían en Babilonia eran cristianos y no mostraba ningún reparo en la censura de los escritos de los judíos. Así pues, el término de saduceo ha sido empleado aquí, según la hermenéutica del *Talmud*, para designar a un cristiano.

4. Aquí han utilizado el participio pasado del verbo *samoj* (סמס), que significa también 'apoyar'. Por tanto, podríamos traducir también 'apoyados en la eternidad'.

5. La *semijá* (סמיכר), o el hecho de estar religados significa también 'ordenación'.

dificultad. Y Rabí Yojanán dijo: ¿en qué lugar de la Torá se encuentra que están *religados*? Donde está escrito: «Religados para siempre a la eternidad, hechos en verdad y rectitud» (*Salmos CXI*, 8).

II. La semilla mesiánica

«Y brotará una vara del tronco de Jesé y retoñará de sus raíces un vástago» (*Isaías XI*, 1).

A propósito de los descendientes de Jesé, está escrito:

«Las mujeres decían a Noemí: Bendito sea el Señor que no ha consentido que te faltase hoy un redentor, y su nombre será invocado en Israel» (*Rut IV*, 14).

Comentario del *Midrás Rut Rabbá*:

Que el linaje de David no haya desaparecido por completo en tiempos de la reina Atalía⁶ es una consecuencia de la bendición de estas mujeres. Rabí Tanjumá dijo en nombre de Rabí Samuel: en otra parte está escrito: «Ojalá pudiéramos preservar la semilla de nuestro padre» (*Génesis XIX*, 32). No está escrito «hijo» sino «semilla», respecto a esta simiente que era de otro lugar.⁷ ¿A qué alude esto? Al Mesías (descendiente de Rut, la Moabita).

También leemos en el *Midrás Levítico Rabbá*:

En presencia del Santo bendito sea, David se exclamó: Señor del Universo, ¿tuvo mi padre Jesé la intención de introducirme en el mundo? ¿Por qué? Su intención no fue más que su placer, prueba de ello es que después de haber cumplido su deseo, giró su faz en una dirección y ella en la dirección opuesta y tú fuiste la causa por la que una simple gota penetrara. Esto es lo que David quiso decir con las

6. Véase al respecto *II Reyes XI*.

7. Véase *Génesis IV*, 25: «Y ella le nombró Set pues Elokim», dijo ella, «ha puesto en mí otra semilla». Hay aquí un juego de palabras entre *Set* (שֵׁט) (o *Chet*) y *Chat* (חַט): 'él puso'. «Rabí Tanjumá ha dicho en nombre de Rabí Samuel: ella consideró que esta semilla venía de otro lugar, a saber, del Rey Mesías» (*Midrasche Genèse Rabba*, ed. Verdier, Lagrasse, 1987, p. 264, XXIII, 5).

palabras: «Ciertamente mi padre y mi madre me abandonaron y el Señor me introdujo» (*Salmos XXVII*, 10).

III. La bendición⁸

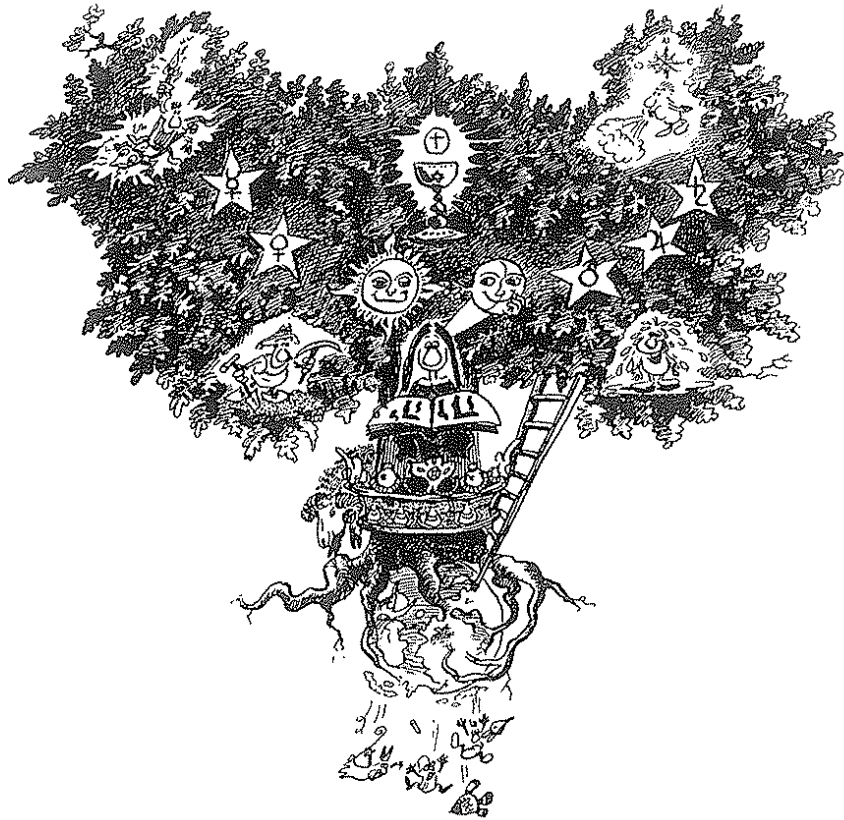
Se enseña que Rabí Ismael Ben Elisha dijo: Un día, al entrar en el santuario para ofrecer incienso, vi a *Acteriel IAH Sebaoth*⁹ que estaba sentado en un asiento muy elevado.¹⁰ Me dijo: Ismael, hijo mío, bendíceme.¹¹ Y yo repliqué: ¡ojalá quiera el Señor que tu misericordia supere tu cólera! ¡que tu misericordia se derrame sobre todas tus cualidades, que te comportes con tus hijos según el atributo de tu amor y te muestres a ellos más allá del juicio! Y él me respondió asintiendo con la cabeza. De aquí aprendemos que no habrá bendición particular que sea leve para ti.

8. *Talmud de Babilonia, Berajot 7a*; trad. francesa, *cit.*, p. 56.

9. «*Acteriel IAH Sebaoth*»: *Acteriel* se escribe en hebreo אַכְתְּרִיאל, *alef* (א), *kaf* (כ), *tav* (ת), *rech* (ר), *iod* (י), *alef* (א), *lamed* (ל), es decir, la letra *alef* (א) de la unidad divina, las letras *kaf* (כ), *tav* (ת), *rech* (ר), la corona celeste כתר, la primera y la más elevada de las *sephiroth*, *kheter*. La letra י *iod*, expresa el porvenir, es decir, el destino divino del hombre. Y las letras *alef* (א), *lamed* (ל), *el* (אל), 'Dios', 'altísimo'. El término *IA* compuesto de las dos primeras letras del nombre divino expresa el Espíritu Santo. *H* es una abreviatura de *IHVH*, vulgarmente 'Jehovah', 'el Señor'. *Sebaoth*, (צְבָאוֹת), significa 'los ejércitos'.

10. Literalmente, 'alto' y 'elevado'.

11. «Bendíceme»: el verbo bendecir, *barok* (בָּרַךְ) no significa en hebreo 'alabar', sino 'hacer bajar', expresando el acto sacerdotal de hacer bajar el Dios *de arriba* en sus *santas especies*, es decir, en su Templo terrestre. Entonces es cuando su misericordia sobrepasa su cólera.



Dibujo de Bruno del Marmol

Acerca de lo que escribió Ibn `Ezra sobre las órbitas

Fragmento extraído de una obra
de autor anónimo del siglo XVII

Leo Montblanch

Presentamos a continuación un curioso fragmento de un texto hebraico de finales del siglo XVII de autor desconocido. La obra ha sido traducida y anotada por J.M. Millás Vallicrosa y D. Romano¹ y a ellos nos remitimos por lo que al texto y a las referencias bibliográficas se refiere. A menos que indiquemos lo contrario, las citas son de dicha obra y nos referimos a ella con la expresión *op. cit.* Los comentarios a pie de página y el comentario final son nuestros.

En conjunto, el manuscrito es una exposición de los conocimientos astronómico-geográficos de la época, desde el punto de vista de la tradición judaica y son frecuentes las citas de la Biblia y comentarios rabínicos correspondientes.

1. J.M. Millás Vallicrosa y D. Romano, *Cosmografía de un judío romano del siglo XVII*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Arias Montano, Madrid-Barcelona, 1954.

Hemos seleccionado un fragmento en el que el autor anónimo cita literalmente a Ibn `Ezra respecto a *Éxodo* XVIII, 1 a 20, 23. En él se establece una estrecha relación entre los diez mandamientos y las esferas celestes. La correspondencia es a veces algo forzada (como en el caso de la inversión de las órbitas de Venus y del Sol), pero creemos que el interés del texto va más allá del detalle y reside precisamente en la enseñanza que contiene.

Finalmente, no olvidemos que era aceptado como normal en la concepción rabínica de la época, que todo está sometido a las constelaciones y que éstas rigen el destino de las naciones excepto a Israel, ya que ha sido escogida por el Señor como parte suya. Nuestro autor anónimo recoge el fundamento de esta opinión.²

Todas y cada una de las estrellas tienen potestad sobre las cosas del mundo inferior, tal como dijeron nuestros Rabinos, sea su memoria en bendición: «No hay ninguna hierba del mundo inferior que no tenga un signo astrológico en el mundo superior».³ Por esto se dijo: «¿Acaso conoces las leyes de los cielos o acaso pondrás su régimen en la tierra?».⁴

Asimismo escribe Ibn `Ezra en su comentario de la *perashá Ki Tishá*:⁵

Sabe que todos los vegetales y todos los animales de la tierra: el ave, la acémila, el animal salvaje, los reptiles y aún todos los hombres están vinculados con las estrellas, pues todos, en general, lo están con las cuarenta y ocho constelaciones de la esfera celeste; por tanto, el Señor, tu Dios, repartió tales constelaciones y signos entre todos los pueblos y agrupaciones, a fin de que su vista fuera iluminada acerca de la índole de la cosa. Es posible que algunos hombres conocieran esto y no quisieran descubrir el secreto a los discípulos y al testigo fiel y, en consecuencia, quedaron como si no tuvieran asignación de signos.

2. *Op. cit.*, p. 59.

3. Cf. *Shabbat* 156 b y *Mo`ed Qatón* 28 b.

4. *Job* XXVIII, 33.

5. *Éxodo* XXX, 11 a 34, 35.

Texto⁶ en el que se cita a Ibn `Ezra

En el libro del *Zohar*, relativo al versículo de *Levítico*, «Si un sacrificio pacífico»,⁷ se anota que los siete cielos u órbitas están imbricadas entre sí como las capas bulbosas de la cebolla, etc.,⁸ dichas siete órbitas corresponden a los siete planetas. El sabio R. Abraham ibn `Ezra, su recuerdo sea en bendición, escribe en su comentario a la *parashá* Jetró,⁹ apoyándose en un sabio de su tiempo:

Sabemos que las nueve órbitas se corresponden con las nueve cifras que son la base de todo número. Igualmente los nueve mandamientos les son correspondientes, si bien hay que tener en cuenta que el mandamiento primero no pertenece a esta serie de nueve, pues dice relación a la gloria del Señor, y, por ende, es el primero de la serie de diez mandamientos.

El segundo mandamiento «No habrá para ti otros dioses fuera de mí» se corresponde con la órbita superior, la cual conduce todas las órbitas o esferas en dirección contraria al movimiento propio de ellas, de Oriente a Occidente, en el espacio de tiempo de veinticuatro horas.¹⁰ El texto de este mandamiento hace decir al Señor *otros dioses* porque por la virtud del Señor giran todas esas órbitas. Muchos han creído que este orbe superior se identificaba con el Creador porque no está afecto de corporeidad.

El tercer mandamiento «No tomarás el Nombre de Dios en vano» corresponde a la órbita de los signos zodiacales, en la cual están todos los astros del cielo excepto los siete planetas; he aquí que el cuerpo ilustre de este orbe envuelve todos los cuerpos y formas estelares, las cuales llegan al número de cuarenta y ocho constelaciones que manifiestan el sentido de la potencia de Dios. En algunos lugares de dicha órbita hay muchas estrellas, mientras que otros lugares carecen de ellas; el hombre no puede desentrañar tal enigma y muchos hombres faltos de ciencia creen que tales constelaciones fueron creadas en vano.

6. *Op. cit.*, pp. 51 a 53.

7. *Levítico* III, 1.

8. *Zohar* III 9b.

9. Desde *Éxodo* XVIII, 1 hasta 20, 23.

10. Es la órbita del *Primum Mobile* que provoca el movimiento diario aparente de los astros.

El cuarto mandamiento, relativo al sábado, *Shabat*, se corresponde con la órbita de Saturno, *Shabatay*, pues los astrólogos dicen que cada uno de los siete planetas tiene un día fijo en la semana, en el cual se manifiesta su influencia; en dicho día el planeta correspondiente es el “señor” de la hora primera, y asimismo hay un “señor” de la hora primera de su noche. Sostienen los astrólogos que Saturno y Marte son astros de influencia nociva, de modo que quien empieza una tarea o se pone de viaje en una hora “señoreada” por aquellos dos astros terminará mal. Por esto dijeron nuestros antepasados que fue concedida potestad para perjudicar en las noches de los miércoles y de los sábados.¹¹ Verdaderamente no se encuentra entre todos los días de la semana una sucesión de noche y día en los cuales señoreen estos dos astros maléficos, sino sólo en la ocasión dicha. Por tanto, no hemos de ocuparnos de los asuntos del mundo sino sólo de lo pertinente al temor de Dios.

El quinto mandamiento sobre el respeto a los padres, se corresponde con el orbe de Júpiter, *Tsedeq*, que atestigua la justicia y la benevolencia, así como el galardón de aquel a quien se debe tal cosa.

El mandamiento sexto «No matarás» se corresponde con la órbita de Marte, *Maadim*, el cual atestigua el derramamiento de sangre y las heridas.

Entre los astrónomos hay cierta discrepancia acerca de si Venus, *Nogá*, está encima o debajo respecto del Sol: los sabios indios aportan pruebas en favor de la opinión de que Venus está encima del Sol.

El mandamiento séptimo «No cometerás adulterio» se corresponde con la órbita de Venus, a cuya naturaleza corresponde atestiguar acerca de los adulterios y actos carnales.

El mandamiento octavo «No robarás» se corresponde con la órbita del Sol, que atestigua la compulsión, y sirve para quitar la fuerza del planeta que se conjunta con él, a fin de que no manifieste su luz.¹²

El mandamiento noveno «No mentirás» se corresponde con la órbita de Mercurio, el cual atestigua en los asuntos relativos a la lengua y al habla.

11. Según esto, el mandamiento «Recordar el día del *Shabat* para santificarlo», indica que es necesario santificar este día que empieza bajo la nefasta influencia de Saturno dedicándose sólo a las obras divinas porque todo lo que se emprenda en este mundo estará regido por este planeta y acabará mal.

12. Sostiene la astrología que cuando un planeta se halla en conjunción con el Sol se encuentra debilitado porque éste le roba su fuerza.

El mandamiento décimo «No desearás» se corresponde con la órbita de la Luna, órbita que es la más inferior de todas, y atestigua acerca de la voluptuosidad.

Comentario

Según lo que acabamos de leer, se requiere un mandamiento para cada una de las influencias nocivas que pueden ejercer sobre nosotros los astros. Pero si aceptamos que estamos sometidos a ellos, ¿cómo se espera que podamos cumplir los mandamientos? ¿Cómo, por ejemplo, dejaremos de robar si nuestro tema astrológico nos impulsa a ello? ¿Acaso Dios impone al hombre preceptos que sabe de antemano que no puede cumplir?

Estas cuestiones, nos parece, se quedan en la superficie del asunto. El primer mandamiento es: «Yo soy el Señor tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre».¹³ Este mandamiento, que no tiene correspondencia con ninguna esfera, es, a nuestro entender, el que da sentido a todos los demás. Según la astrología, los astros dictan nuestro destino y nos guste o no actuamos de acuerdo con sus designios. Finalmente, tras múltiples desgracias y algunas fortunas, se cumple el postrer *fatum* y la criatura muere, en la esclavitud de Egipto. Pero si a lo largo de nuestra vida conseguimos atraer hacia nosotros la bendición del Cielo, el Señor nos saca de la casa de servidumbre de los planetas y nos da un nuevo destino, más acorde a nuestra naturaleza profunda. Es como si los mandamientos fueran en último término: «El Señor es tu Dios y no hagas caso de Saturno, ni de Júpiter etc. etc. Pon tu confianza en Él y te librará de tu destino de animal, que es el matadero». Pero mientras esto no ocurra, verdaderamente los astros dicen lo que nos ha de

13. *Éxodo* XX, 2.

acontecer. En este sentido la astrología no es una falsa ciencia pero es evidente que no nos salva. Nuestro autor anónimo dice:¹⁴

En verdad, el culto a la obra de los cielos no puede beneficiar sino a tenor de lo que fue decretado para cada uno según la disposición de los astros en el momento de su natividad. Así ocurrirá excepto si le guarda al hombre el poder del Altísimo más que el poder de las estrellas que le sea adscrito: entonces se salvará del hado.

Daré un ejemplo notable de lo que he dicho: la disposición de los astros hizo que creciera en gran manera un río contra una ciudad, de modo que se anegaran sus habitantes o murieran. Pero vino un profeta y aconsejó a aquellos habitantes que se convirtieran al Señor antes de que les afectara aquella calamidad; se convirtieron a Dios de todo su corazón; en gracia a esta conversión Dios les inspiró que salieran los hombres de dicha ciudad hacia fuera, a fin de implorarle; siguieron aquella divina moción y en el día de referencia el río creció de súbito según solía hacer, y tal como habíamos presenciado diferentes veces inundó toda la ciudad. De este modo no se suprimió el decreto de Dios, pero él mismo los salvó.

Y finalicemos con un fragmento del gran Rabí gerundense Najmánides sobre esta misma cuestión:¹⁵

Todas estas naciones que expulsarás¹⁶ intentan conocer las cosas venideras consultando augures y magos, pero a ti [Israel] no te será necesario porque habrá en medio tuyo un profeta y usarás el Espíritu Santo; no tendrás pues ninguna necesidad de ellos. Además la cosa no favorecería a Israel ya que ha sido dicho:¹⁷ A ti el Señor, tu Dios, no te lo permite porque eres la porción del Señor y no de los príncipes ni de las constelaciones que no os dicen la verdad.¹⁸

14. *Op cit.*, p. 61.

15. Mossé ben Nahman, *El llibre de la Redempció i altres escrits*, traducción y notas de Eduard Feliu, Edición del Ajuntament de Girona y la Universitat de Barcelona, Barcelona, 1993, p. 121.

16. *Deuteronomio* XVIII, 14.

17. *Idem.*

18. Las constelaciones no dicen la verdad en cuanto al destino del hombre interior, pues depende de la voluntad del que está por encima de las esferas y que, por lo tanto, tiene poder sobre ellas. Sí dicen la verdad en lo que se refiere al destino del hombre exterior, pues son ellas quienes lo dictan.

La escritura explica que la práctica de la adivinación está prohibida a Israel porque es necesario que Israel dependa del Señor en todo.¹⁹ «Sé pues perfecto en presencia del Señor tu Dios». El significado de 'perfecto' es 'entero', es decir, que todos dependan enteramente de Dios Santo, bendito sea, y que no haya ninguna parte de ellos que dependa de las estrellas, de las constelaciones ni de los demonios.²⁰

19. *Deuteronomio* XVIII, 13.

20. Entiéndase *daimones*, genios encargados del destino de las cosas sublunares.

El Zodíaco de los filósofos

Jean d'Espagnet

Presentación y traducción, Juan Gener

Al tratar de la astrología no podemos olvidar su íntima relación con la alquimia, «la ciencia primera y última, la ciencia de la renovación y de la Creación, el misterio de los misterios».¹ La alquimia es el núcleo y el fin del saber humano y todas las demás ciencias tradicionales le están sometidas.

Según d'Espagnet, célebre alquimista del s. XVI, existe un Zodíaco de los filósofos que enseña:

a buscar las épocas de la piedra. Pues la primera operación, y el régimen para obtener el blanco, debe comenzarse en la casa de la Luna, y la segunda terminarse en la segunda casa de Mercurio. Sin embargo, la primera operación para llegar al rojo se empieza en la segunda casa de Venus, y la última se acaba en el segundo tribunal real de Júpiter, de quien nuestro Rey todopoderoso recibirá una corona trenzada con preciosos rubíes. Así es como el año, volviendo a pasar sobre su propio rastro, empieza de nuevo sus revoluciones.²

1. L. Cattiaux, *Florilegio Epistolar*, de próxima aparición en Biblioteca LA PUERTA, Arola Editors, Tarragona, 1999.

2. J. d'Espagnet, *L'Oeuvre secret de la philosophie d'Hermès*, Canon 137, ed. Denoël, París, 1972.

Un año es un símbolo entre los varios con los que los alquimistas aluden al tiempo necesario para el acabamiento de su obra y el Zodíaco de los filósofos indica cómo se divide este año, es decir, cuáles son y en qué momento empiezan o terminan las distintas operaciones de la obra alquímica.

De su autor, J. d'Espagnet se tienen muy pocas noticias; se sabe que vivió entre finales del s. XVI y principios del XVII y que fue presidente del Parlamento de Burdeos. Se le atribuye también el seudónimo de Anonimus Gallus. En 1623 publicó en latín una obra doble, un tratado titulado *Enchiridion physicae restitutae*, 'La filosofía natural restituida', seguida del *Arcanum hermeticae philosophiae opus*, 'La obra secreta de la filosofía de Hermes', ambos fueron traducidos al francés por J. Bachou y publicados en París en 1651.

Las dos obras aparecieron como anónimas, pero las divisas que las preceden: *Spes mea est in Agno* y *Penes nos unda Tagi*, además de la alusión de ésta última a las «pepitas de oro» del Tajo, presentan una indicación clara. Si se eliminan de ellas las letras E.S.P.A.G.N.E.T resta el axioma hermético: *Deus omnia in nos*.

El Zodíaco de los filósofos aparece solamente en la edición de Bachou que hemos mencionado.

El Zodíaco de los filósofos con las casas de los planetas

Tiempo de la piedra

La figura aquí descrita es el Zodíaco de los filósofos. Los antiguos han asignado a cada planeta dos domicilios, excepto al Sol y la Luna que sólo tienen uno, aún estando sus dos casas una al lado de la otra. En esta figura cada planeta ocupa sus propias casas.

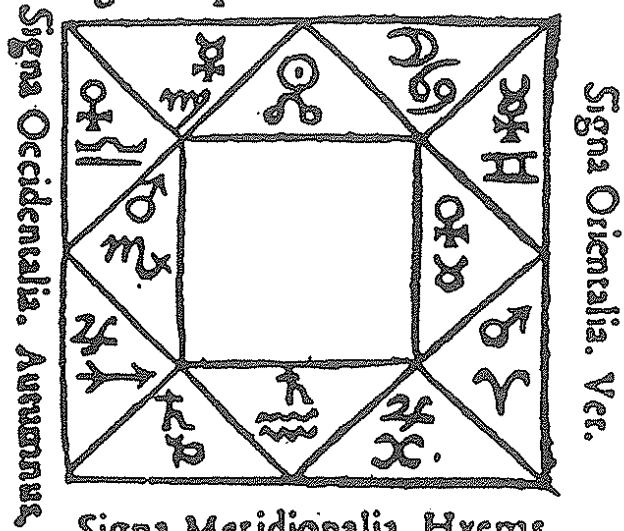
En el régimen de la obra filosófica, los filósofos empiezan su operación desde el invierno, es decir, desde Capricornio, (estando allí el Sol), que es la primera casa de Saturno, y yendo hacia la derecha se encuentra la segunda casa de Saturno en el signo de Acuario, momento en el que Saturno, o sea la negrura de la obra, empieza a dominar. Esto ocurre después de cuarenta y cinco o cincuenta días, (como lo enseña Lulio en el capítulo 39). Cuando el Sol llega a Piscis, la obra se vuelve muy negra, incluso más negra que el negro, y en este momento empieza a aparecer la cabeza del cuervo. Habiendo transcurrido el tercer mes y al entrar el Sol en Aries, la sublimación o separación de los elementos comienza a realizarse. Estando el Sol en el signo siguiente hasta Cáncer, blanquean la obra y cuando está en Cáncer la obra recibe su brillo y su esplendor perfecto; allí acaban los días y el tiempo de la total realización de la Piedra, o del azufre blanco, o la obra lunar del azufre, reinando entonces la Luna gloriosamente en su trono y en su casa.

Estando el Sol en Leo, que es su propia casa, empieza la obra solar. Pero al llegar a Libra, la obra se cambia en una piedra roja o azufre perfecto.

Respecto a los dos signos restantes, Escorpio y Sagitario, están dedicados a la realización del elixir. Y así esta maravillosa producción de los filósofos se empieza en el reino de Saturno y se termina y perfecciona en el de Júpiter.

Signifer Philosophorum cum Planetarum Domicilijs.

Signa Septentrionalia. Aestas.



Signa Meridionalia. Hyems.

Tempora Lapidis.

Grabado que representa el Zodiaco de los filósofos o el Tiempo de la Piedra, aparecido en la traducción francesa de *La obra secreta de la filosofía de Hermes* de Jean d'Espagnet, 1651.

Tractatus Aureus

atribuido a Hermes Trismegisto

seguido del

*Octavo escolio del capítulo primero*¹

*Introducción y notas, EH
Traducción, J. Lohest*

Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos y todo su ejército por el soplo de su boca.

Salmos XXXIII, 6

Introducción

Si existe alguna obra desacreditada, ciertamente es la Alquimia. Su práctica y estudio a menudo son considerados como un retraso cultural. Juzgarla así es ignorar de manera manifiesta la abundancia y las maravillas de la antigua alquimia. Desde hace aproximada-

1. Publicado en E. d'Hooghvorst, *Le Fil de Pénélope*, t. II, ed. La Table d'Emeraude, París, 1998, pp. 137 a 144.

mente veinte años² se ha llevado a cabo un esfuerzo patente para reeditar algunas de aquellas obras, esfuerzo irrisorio respecto a la prolijidad de esta literatura olvidada. ¿Eran todos nuestros ancestros unos ignorantes dotados de un espíritu quimérico? Al contrario, la lectura de dichos libros antiguos nos revela la existencia de espíritus refinados, profundos y de una erudición con creces superior a la nuestra. También para estos hombres, la experiencia sensible estaba en la base del saber, eran materialistas que se guardaban mucho de soñar la materia. Si la alquimia ya era conocida en la Antigüedad y los chinos la practicaban varios siglos antes del nacimiento de Jesús, ¿cómo podemos imaginar que los hombres, siempre y en cualquier lugar, se han equivocado durante milenios, y que nuestros padres, entregados a prácticas siempre engañosas, han tomado las tinieblas de la ignorancia por la luz de la verdad? ¿No seremos nosotros quienes, al contrario, en los más profundos y reservados ámbitos de la ciencia, nos hemos vuelto incultos y groseros? Dicha opinión tiene sus seguidores pero son poco propensos a la publicidad; su torre de marfil les basta.

Fue en Estrasburgo, en 1659, cuando se publicaron los primeros tomos del *Theatrum Chemicum*, magnífico compendio de doscientos tratados de alquimia redactados o traducidos del alemán o del francés al latín por el erudito Jacques Heilmann. El último tomo apareció en 1661.

En el tomo IV del *Theatrum Chemicum* encontramos un tratado atribuido a Hermes: «El tratado de oro del secreto de la piedra física, en siete capítulos, ilustrado en nuestros días con escolios de un autor anónimo...».³ La referencia al escoliador indica que el tratado de

2. Este artículo fue escrito en 1979.

3. «*Hermetis Trismegisti tractatus aureus de lapidis physici secreto, in capitula septem divisus, nunc vero a quodam anonymo scholiis illustratus*» en *Theatrum Chemicum*, Argentorati (Estrasburgo), 1659, t. IV, pp. 592 y sig.

Hermes era conocido en los más remotos tiempos. Una primera edición de los escolios había tenido lugar ya en Leipzig en 1610.⁴

Se leía lo siguiente: «Si con este libro uno no se vuelve sabio, ¿cómo podría volverse sabio con otro? Pues sería difícil hoy en día encontrar un libro similar».

¿Quién fue el autor de estos escolios? ¿Acaso el autor de la edición de 1610 fue nuestro compatriota que se ocultó bajo el nombre de Gnosius? No sabemos nada de ello. El llorado Claude d'Ygé nos recuerda a propósito de la memoria de los adeptos, que sus meras huellas «históricas» constituyen «el enigma de su leyenda [...] y la incertidumbre de su identidad».⁵ Por lo demás, los escritos permanecen. Nos corresponde darlos a conocer.

A continuación proponemos una traducción del octavo escolio del capítulo I. En él se enseña la necesidad de una armonía entre el discípulo y la naturaleza exterior. La naturaleza hace uso de ella de la misma manera en todas sus producciones. Para emprender la Gran Obra de la regeneración física, el discípulo debe volverse nuevamente alumno de esta naturaleza que da lecciones y que no recibe ninguna. No habiendo encontrado en sí mismo las «raíces minerales», dice el escoliador, sería vano buscarlas en el exterior. Aquí es donde la famosa recomendación de los antiguos adquiere todo su sentido: «Conócete a ti mismo y conocerás el Universo y los dioses». Existe pues, como una simpatía entre las raíces minerales y la constitución del hombre. Éste es un microcosmos. ¿Cómo se podría plantar en él la medicina si no hubiera en su constitución física cierta

4. *Hermetis Trismegisti vere tractatus aureus de lapide Philosophi secreto in capitula septem divisus nunc vero a quodam anonymo scholiis tam exquisite et acute illustratus, ut qui ex hoc libro non sapiat, ex alio vix sapere poterit; similis huic vix hodie reperitur. Tandem opere et studio Domini Gnosii Belgae, utr. MDCX in lucem editus, Lipsiae, 1610.* Para más detalles, véase Ferguson, *Bibliotheca Chemica*, t. I. No hemos conseguido encontrar ningún rastro de una edición más antigua del *Tractatus Aureus*, separada de los escolios.

5. C. d'Ygé, *Nouvelle Assemblée des Philosophes Chymiques, Aperçus sur le Grand Oeuvre*, prefacio de Eugène Canseliet, ed. Dervy Livres, París, 1972, p. 7; obra muy útil.

simpatía con la naturaleza de los metales? «Con todo concuerdo», sería una hermosa divisa que antaño fue la de un humilde buscador.

Pero adentrémonos más en la intención de los alquimistas de nuestro occidente cristiano donde la alquimia es la ciencia de los elegidos que será revelada de forma universal en el día del juicio, «piedra de toque» de la obra de cada uno:⁶

Entonces, el rey dirá a los que están a su derecha: Venid, benditos de mi Padre. Heredad el reino preparado para vosotros desde el comienzo^{7,8}

Encontramos de nuevo este mismo «principio» en otro pasaje del *Evangelio* a propósito de un versículo de los *Salmos*: «Abriré en parábolas mi boca, declararé las cosas ocultas desde el comienzo».⁹

Los discípulos de la cábala quymica dicen que este famoso comienzo es aquel del que el sabio Moisés habló al principio del *Génesis*, es el de la Gran Obra de la creación, ocultado de edad en edad y revelado en parábolas, figuras y enigmas. Esta Gran Obra es un secreto, una herencia que no será manifestada a todos más que en el último día. Los herederos son los hijos de Abraham. Vendrán de todas partes, del norte y del sur, de oriente y de occidente para participar en el banquete. Habrán brillado en las tinieblas del mundo como los astros terrestres cuyo resplandor no fue visible más que a los ángeles de Dios. Forman el ejército del que el Mesías, el Verbo encarnado, es el Señor.¹⁰

6. *I Corintios* III, 13. La obra de cada uno: la obra del Comienzo, relatada por el sabio Moisés en el capítulo I del *Génesis*.

7. En griego, *katabolè*. La palabra griega *katabolè* puede significar también 'fundamento'. *Vulgata*: «a constitutione mundi».

8. *Mateo* XXV, 34.

9. *Mateo* XIII, 35. Cf. *Salmos* LXXVIII, 2. La palabra *archè*, 'principio, comienzo', en la traducción de la *Setenta* del salmo en cuestión, se ha convertido en la cita de *Mateo*, *katabolè*. El mundo verdaderamente no ha sido fundado ni constituido más que a partir del *don* de la *Torá* o *don de Dios*.

10. La mención de «Señor de los ejércitos», «*Dominus Deus Sabaoth*» del *Sanc-tus* de la liturgia antigua ha sido suprimida del rito nuevo denominado de Pablo VI. Conviene lamentarlo.

Tractatus Aureus

atribuido a Hermes Trismegisto

He aquí que te he enseñado lo que estaba oculto, pues la Obra está contigo y junto a ti: si lo ases y lo guardas interiormente, podrás llevarlo contigo por tierra y por mar.

* *
*

Octavo escolio del capítulo primero

Confía a sus hijos el secreto de la obra y con esta palabra HE AQUÍ, indica claramente que está llevando a cabo algo muy importante en la explicación del arte noble y secretísimo. Geber, Morieno y los demás filósofos recomiendan a los discípulos del arte que busquen en sí mismos las raíces minerales. Por esta razón dicen:

A partir de ahora, conociendo los principios de tu nacimiento, la semilla o materia prima de la que está compuesta, la piedra ya no te será ocultada.

Esta frase parecerá, desde luego, absurda para el hombre grosero que ignora los arcanos naturales, pues será incapaz de imaginar cualquier similitud ni parentesco entre la semilla del hombre, que es animada, y los cuerpos llamados inanimados –según la opinión de ciertos ignorantes– de los metales y las piedras. Pero si te sacara junto con Abraham de tu mansión mugrienta y corporal y te llevara a

contemplar los astros espirituales que reposan ocultos en todas las cosas, ya no serías tan reacio a nuestra sentencia, sino que muy al contrario, penetrarías en ella a pies juntillas.

Abre pues los ojos y considera nuestro cielo filosófico miríficamente adornado de una multitud infinita de estrellas. Como podrás observar, los cuerpos astrales del firmamento superior no difieren de los otros más que por una superioridad de tamaño y de resplandor luminoso; sin embargo, en el universo todos están formados por una sola y única materia purísima, diáfana y transparente. Todos los cuerpos de este mundo inferior parecen diferir mucho entre sí debido a su aspecto exterior, no obstante, si los consideramos todos de forma intrínseca, veremos que proceden todos primitivamente del mismo principio o *primer antes*.

Según Salomón,¹¹ este principio interno no es nada más que cierta materia invisible¹² del que el globo terrestre ha sido formado; o según san Juan evangelista: «El Verbo por el que todas las cosas fueron hechas y sin el cual no se hizo nada de cuanto ha sido hecho».¹³

«Pero», replicarás, «si el Verbo es el principio de todas las cosas según el testimonio de la Escritura, al ser este mismo Verbo inmortal permanecerá eternamente; por ello no hay que buscarlo, ni perseguirlo en los cuerpos sublunares y corruptibles, pues están todos condenados a la muerte, la inestabilidad y la desaparición.»

He aquí una breve y concisa respuesta a tu objeción:

Todas las cosas creadas por el Verbo eran excelentes, es decir, provistas por Dios de una perfección y beatitud totales, pero a causa de la prevaricación de Adán, la tierra fue también maldita: la muerte fue introducida en el mundo entero y no hay nada en él que no haya sido despojado y privado de esta perfección primitiva y que no esté, por consiguiente, expuesto a la muerte.

11. Cf. *Sabiduría* XI, 17.

12. Ciertos traductores de la Biblia, como por ejemplo Crampon, traducen: «materia informe».

13. Cf. *Juan* I, 3.

Apiadado de su criatura, el Todopoderoso quiso liberarla de la muerte para restablecerla en el reino de la vida y envió este mismo Verbo que es su Luz y Vida al mundo y así regeneró el mundo por segunda vez. El único donador y regenerador de Vida siempre es el mismo Dios, fuera del cual no hay esperanza de salvación. Por esta regeneración una criatura nueva es hecha. Las cosas antiguas han pasado y he aquí que son hechas todas las cosas nuevas.¹⁴

Por tanto, no debemos considerar este Verbo según la criatura antigua sino según la nueva. No conocemos a nadie según la carne, es decir, la criatura antigua, sino según el espíritu, la criatura nueva. Así como Cristo habita de forma invisible en aquellos que él ha regenerado, sin manifestarse en este mundo sino en el otro; así también el Verbo de regeneración es inherente a todas las cosas, pero de forma invisible: no puede manifestarse en los cuerpos mugrientos y elementales si no son reducidos a quinta esencia, es decir, a naturaleza celeste y astral. Este Verbo de regeneración es pues aquella semilla de la promesa o cielo de los Filósofos, que brilla con todo el resplandor de los astros luminosos. Abraham fue llevado a verlo en contemplación.

Quien quiera ver pues este cielo nuestro, lo cual puede hacerse si se considera al doble salvador, respecto al mundo menor y al mundo mayor (puesto que es el mismo Dios que opera todo en todo), deberá rechazar sus ojos adámicos, es decir, carnales, los cuales en su adormecimiento sólo nos permiten ver las cosas externas y corruptibles, y deberá recibir de la creación nueva los órganos espirituales de la vista. Éste reconocerá fácilmente que no hay más que un autor de todo este mundo creado y regenerado, un sólo artesano y realizador de todas las cosas, un principio, un ser primero que nunca se separa de la naturaleza, sino que, mejor dicho, la vuelve a purgar de su corrupción y mancha, la revivifica y la vuelve a conducir a la primitiva libertad de la perfección. No debéis sorprenderos pues si las cosas sometidas a la muerte despojan la antigua criatura de su

14. Cf. *II Corintios* V, 17.

foma y parecen reducidas a nada. La muerte es, efectivamente, el principio de la vida y sólo es el viejo cuerpo adámico el que muere, pero el espíritu de la nueva *criatura recreada* se fabrica un cuerpo mucho más noble y glorioso que el antiguo. Sin duda alguna, lo que se siembra no vivifica si previamente no muere; sembrado en la corrupción resucita en la incorruptibilidad, sembrado en la ignominia, resucita en la gloria, sembrado en la imperfección, resucita en la virtud.¹⁵

Y Hermes nos dice en *La Tabla de Esmeralda* que todas estas cosas son hechas por la meditación de uno. Efectivamente, el mismo Dios que dijo: «Morirás», también dijo: «Serás salvado». Por tanto, la muerte y la vida recibieron del mismo Verbo de Dios la fuerza y la potencia de operar. Cualquier palabra que procede de la boca de Dios es pues esencial: por tanto, no es un espíritu o un soplo evanescente y vano como piensan de forma muy perniciosa muchos ignorantes e impíos en su incredulidad. Mis palabras, dice Cristo mismo nuestro Salvador, son espíritu y vida, es decir, semilla sustancial y esencial de la nueva criatura; y quien cree en ella es salvado; es unido esencialmente y conglutinado con Cristo, al igual que la cabeza con los miembros, es decir, como Cristo y la Iglesia son dos en una misma carne. Aquel que no cree permanece en el pecado y al ser la muerte el salario del pecado, todo incrédulo está ya juzgado, condenado por el Verbo y muere de muerte eterna. Así como la salvación del hombre depende del único conocimiento de Cristo y de la verdadera fe en él, puesto que es el único y sólo salvador del microcosmos, así también, es plenamente necesario que el verdadero Filósofo conozca el Salvador del macrocosmos: es el cielo de los Filósofos o Verbo de regeneración; no es más que uno sólo difundido en todo el mundo, en todas las cosas; lo hallamos en los cuerpos de los animales, de los hombres, de los brutos, de las plantas, de los árboles, de los frutos, de los metales, minerales y piedras.

Por tanto, si has conocido una sola vez esta cosa única y si la ocultas en lo más secreto e íntimo de tu corazón, podrás llevarla contigo secretamente y con toda seguridad en todas partes donde vayas, sea por mar o por tierra, o abrirte un camino a través de las rocas o los fuegos.

15. Cf. *I Corintios* XV, 42 y sig.

La Gloria del Mundo O la Mesa del Paraíso

Introducción, C. del Tilo
Traducción, C. del Tilo y J. Mateu

Introducción

El *Musaeum Hermeticum*, publicado en Francfurt en el año 1625, consta de catorce valiosos tratados, entre los cuales encontramos esta joya de la literatura alquímica del siglo XVI. Su título completo es el siguiente:

La Gloria del Mundo o la Mesa del Paraíso, que contiene la descripción exacta de la antigua ciencia que Adán aprendió de Dios mismo, de la que Noé, Abraham y Salomón dijeron que era uno de los mayores dones de Dios, y que todos los sabios consideran desde siempre como el tesoro del mundo entero, el cual transmitieron después de ellos sólo a los hombres piadosos, es decir: la Piedra de los filósofos.

II Pedro III, 5: Es que voluntariamente quieren ignorar que en otro tiempo hubo cielos y hubo tierra, salida del agua y en el agua

asentada por la palabra de Dios.¹
 Francfurt, año 1625.²

No sabemos nada de este autor, sino que se llama Robert de Valle, de Rouen (Francia) y que murió en el año 1567. Su nombre latinizado aparece en la quinta página del tratado: Robertus Vallensis Ruglensis.

Nos ha dejado cuatro tratados, cuyos títulos son los siguientes:

- *De Veritate et Antiquitate chemiae* (París, 1541)³
- *De Pulveris sive Medicinae philosophorum* (Amsterdam, 1593)
- *Tabulae in epistolam Trevisani ad Thomam de Bonomia (Artis Auriferae, 1610)*
- *Gloria Mundi alias Tabula Paradysi (Musaeum Hermeticum, Francofurti, 1625).*⁴

El mismo autor afirma que escribió este tratado en el año 1526.⁵

Robert de Valle empieza diciendo que se aventura a mostrar los misterios secretos de la naturaleza: «esto lo hago como testimonio hacia todos los cristianos creyentes...»

Empieza con la advertencia siguiente:

En primer lugar, debéis apartaros de la falsa alquimia del rebaño vulgar; lo he experimentado tanto que no deseo que paséis por lo

1. Pensamos que no es inútil leer los versículos 3 y 4 que preceden esta cita del autor: «Y ante todo debéis saber cómo en los postreros días vendrán los que engañan y decepcionan, que viven según sus propias concupiscencias, y dicen: ¿Dónde está la promesa y dónde el adventimiento?, ya que desde que murieron los padres, todas las cosas han permanecido igual desde el principio de la creación».

2. *Gloria Mundi alias Paradysi Tabula hoc est: Vera priscae scientiae descriptio, quam Adam ab ipso Deo didicit. Noé, Abraham et Salomo, tamquam summorum divinatorum donorum unum, usurparunt, omnes sapientes, omnibus temporibus, pro totius Mundi Thesaurio habuerunt, et solis piis post sese reliquerunt. Nimirum DE LAPIDE PHILOSOPHICO.*

II Petr. III, 5. : Verum nequitia ergo ignorare volunt, quod caelum olim etiam fuerit, quodque terra ex et in aqua, per Dei verbum constitit. Francofurti, anno MDCXXV.

3. La traducción francesa de este texto, realizada por Stéphane Feye, apareció en *Le Fil d'Ariane*, nº 46-47, 1992, y nº 48-49, 1993, Rue des Combattants 27, B-1457 Walhain-St-Paul.

4. Existe una traducción inglesa del *Musaeum Hermeticum* del año 1893, reeditada en 1987 por Llanerech Enterprise.

5. En la p. 297: «Datum, actumque a partu Virgineo. MDXXVI.»

mismo [...]. Nuestro Arte es bueno y noble y nadie puede participar de él a menos que le sea revelado por Dios o a menos que un maestro experimentado le muestre el camino. Es un tesoro que no puede ser comprado por nadie. Por lo tanto, hijos míos, no malgastéis vuestro esfuerzo hasta que sepáis sobre qué debéis operar...

A estas palabras le sigue una serie de descripciones de la piedra y métodos para reconocerla.

A lo largo de su tratado, el autor nos describe las materias y las operaciones necesarias para llevar a cabo la confección de la Piedra Filosofal, utilizando la terminología habitual de los filósofos alquímicos, o sea, mezclando el oro con los guijarros, pues nos dice que:

Los Sabios tienen la costumbre de emplear palabras que pueden llevar a una comprensión verdadera o falsa. El error (si lo hay) no reside en los filósofos, sino en aquellos cuya torpeza les impide aprehender el significado verdadero.

A propósito del fuego secreto de los Sabios, sobre el cual los filósofos se muestran habitualmente muy discretos, Robert de Valle nos enseña lo siguiente:

Este mercurio que se encuentra oculto en esta agua o fuego se fija a sí mismo. Así, el Maestro natural dice, respecto a este Arte nacido del fuego, que el mercurio debe pudrirse, ser clarificado, coagulado y fijado en un fuego inmortal o vivo en el que Dios mismo, así como el sol, arde del amor divino para consuelo de todos los hombres. Sin este fuego nuestro Arte no puede ser llevado a buen término.

Este es el fuego de los filósofos [...]. Algunos le asignan tres nombres, resultantes de la analogía con las tres personas de la Santísima Trinidad: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo; cuerpo, alma y Fuego o Espíritu Santo.

Para confirmar su enseñanza, el autor acaba la primera parte de su tratado citándonos una serie de sentencias de los Antiguos, de las que nos ofrece comentarios.

El texto, cuya traducción proponemos, constituye la última parte de la *Gloria Mundi*, que se presenta como «otro tratado que

sigue al primero, del que, según su autor, el lector sacará gran provecho».⁶

Se trata de un comentario alquímico sobre el relato bíblico de la generación de Adán y Eva, que representan, según dice, la materia doble de la Obra, una fija y otra volátil. Aquí el filósofo parece aludir al modo oculto por el cual se revela el conocimiento del principio de la filosofía y de las manipulaciones físicas en su laboratorio secreto:

Ahora pasaré a exponer brevemente mi visión de este Arte que, como testifican todos los sabios, se corresponde de forma muy parecida a la creación y generación del hombre.

Al igual que Adán en el paraíso, incapaz por sí solo de crear a su pareja, el buscador se encuentra desprovisto de semejante ayuda para penetrar y no perderse en el dédalo de las palabras de los filósofos herméticos, sin saber con qué ni cómo operar. Todos afirman que la ayuda del cielo es la que desvela sus arcanos, y sin el conocimiento de la naturaleza es vano echar mano a la Obra.

Al ver, pues, que Adán no podía encontrar a su verdadera pareja natural a fin de ser fecundo y multiplicarse, dijo Dios: «No es bueno que el hombre esté solo, le haré una ayuda frente a él».⁷

Hasta este momento el macho y la hembra no estaban colocados cara a cara, dicen los cabalistas, sino de espaldas, es decir, que no se conocían, por lo tanto, no podían multiplicarse.

En este punto dejaremos la palabra al autor de este precioso tratado que nos habla de la experiencia que vivió Adán,⁸ dando lugar a la lúcida práctica de la Obra de los sabios.⁹

6. Nuestra traducción, realizada con la colaboración de Joan Mateu, se basa principalmente en la versión francesa de Claude Froidebise, al que queremos agradecer y felicitar por haber escogido y puesto a la luz este excelente texto olvidado de un maestro verdadero: *Le Fil d'Ariane*, n° 48-49, 1993, pp. 61-75.

7. *Génesis* II, 18-24.

8. Otros fragmentos bíblicos aluden a este misterio, por ejemplo en *Génesis* XII, 1-14 y XXVIII, 10-22.

9. El lector curioso también puede consultar E. d'Hooghvorst, «Histoire Juive X», en *Le Fil de Pénélope*, t. I, ed. La Table d'Émeraude, París, 1996, pp. 291-293.

Por tanto, hizo que Adán cayera en un sueño profundo, y tomando una de sus costillas, no lejos del corazón, formó una bella mujer a la que llamó Eva,¹⁰ se la presentó y luego le despertó; tan pronto como la vio, la reconoció por el efecto de la divina gracia y pronunció las palabras que conocemos. Con razón Dios llamó a esta mujer Eva,¹¹ y la dio en matrimonio a Adán a fin de que la protegiese y a cambio ella le obedeciese. Finalmente, les dio los frutos del cuerpo con estas palabras: «Sed fecundos y multiplicad».¹²

[...] Sólo Adán (que es nuestra materia) fue la excepción, al no poder engendrar por sí mismo absolutamente ningún fruto. Si la naturaleza también debía realizar su ciclo en él, de modo que pudiera perpetuar su raza, era necesario que alguna cosa se separara de él para después volverse a unir con él, esta es su Eva.

Y ahora, desocupado lector,¹³ ¡que la gracia del cielo nos ayude para que podamos «sacar gran provecho» de la meditación de estas palabras de testimonio que nos dirige un Sabio discípulo de Hermes!

*Hizo subir un vapor de la tierra, y regaba toda la superficie del suelo.*¹⁴

Todos los misterios están contenidos en el sudor de la tierra y en el rocío del cielo.

*Separa lo que está unido y las tinieblas te harán ver el comienzo de la obra. Junta lo que está separado y la luz te conducirá al final de la obra divina, que es el sol glorioso.*¹⁵

10. *Génesis* II, 21 a 23. El texto bíblico no dice que Dios la llamó Eva, sino que Adán es quien dijo: «¡Esta esta vez es hueso de mis huesos y carne de mi carne!». Esta será llamada mujer (*ishah*), porque ha sido tomada del hombre (*ish*). Aquí el autor no se refiere a la Eva rebelde engañada por la serpiente (*Génesis* III, 20), sino a la «ayuda frente a él» que Dios sacó del cuerpo de Adán mientras dormía, a fin de que pudiera multiplicarse en el Paraíso. El final de esta cita del autor lo confirma.

11. Eva: la palabra procede de una raíz que significa 'vivir', o también de 'ins-truir, alumbrar'.

12. *Génesis* I, 28.

13. Desocupado: libre, sin impedimento. Véase *Quijote*, Prólogo de la primera parte.

14. *Génesis* II, 6.

15. L. Cattiaux, *El Mensaje Reencontrado*, ed. Sirio, Málaga, 1996, XIII, 51 y XXI, 19'.

La Gloria del Mundo

O

La Mesa del Paraíso

que contiene

la descripción exacta de la ciencia de los tiempos antiguos, que Adán aprendió de Dios mismo, de la que Noé, Abraham y Salomón dijeron que era uno de los mayores dones de Dios, y que todos los sabios consideran desde siempre como el tesoro del mundo entero, el cual transmitieron después de ellos sólo a los hombres piadosos:

es decir,

la Piedra de los Filósofos

II Pedro III, 5:

Es que voluntariamente quieren ignorar que en otro tiempo hubo cielos y hubo tierra, salida del agua y en el agua asentada por la palabra de Dios.

Francfurt
Hermann van Sande
1677

La Gloria del Mundo

Otro tratado, que sigue al primero, del cual el lector sacará gran provecho.

Prefacio

Todos nos podemos asombrar y con razón de que los filósofos, en honor de este arte muy precioso y divino llamado secreto de los filósofos, hayan inventado tan gran número de sentencias misteriosas y alegóricas, a fin de no revelar nada de él a los indignos, de que nada de fructífero se realice entre los discípulos de estos arcanos; tan celosos fueron en ocultar la verdad. Cuando los ignorantes leen sus escritos y se enteran de las riquezas, efectos y propiedades que nuestro arte puede producir, perciben una melodía que les encanta y es tan suave que se imaginan sentados sobre tronos de oro, mientras que los verdaderos lazos están fijados en el cielo, de donde proviene el gran arte, objeto de su deseo. Así se persuaden de que pronto serán doctores y se esfuerzan en realizar grandes milagros. Sin embargo, no se dan cuenta de que yerran o de que los filósofos les engañan y, aún peor, ignoran que los sabios han ocultado desde el comienzo los fundamentos de este arte y que sólo han expuesto la verdad a sus hijos por medio de parábolas y de símiles. Además, un hombre es incapaz de examinar el sentir y la opinión de todos los filósofos, y aún menos de leer con discernimiento todos sus libros y manuscritos, sea cual sea la duración de su vida en este mundo perturbado e impuro. Está totalmente fuera del alcance de cualquiera, extraer de dichos libros y manuscritos el suficiente fundamento y el objeto completo de su deseo, a menos que Dios todopoderoso no abra su inteligencia por su gracia singular y por compasión, concediéndole de este modo el conocimiento de la propiedad de la naturaleza, gracias a la cual se vuelve capaz de juzgar los libros y los dichos de los filósofos. Ya que en nuestro magisterio, la naturaleza

sola es quien realiza todo por el arte, sólo ella confiere el justo conocimiento de la cosa a partir de la cual preparamos nuestro arte.

Así se expresa Basón: «Vigila no mezclar nada de extraño, pues la naturaleza es tal que lo supera todo».

Bondinus lo explica de la misma manera y le llama *agua*, diciendo que «la totalidad de la operación, o todo el régimen, se hace únicamente con el agua que procede de la piedra». Alfidius afirma también que:

la piedra de los sabios posee en ella cuatro naturalezas, pero en una esencia y bajo un aspecto que le son propios, de varios modos y de manera visible; dicha virtud y dicha propiedad no se encuentran en ninguna otra piedra de la tierra.

Por esto el rey filósofo Calid pregunta:

¿Conoces algo comparable a esta piedra que tiene el poder de perfeccionar tales cosas?

Morieno responde:

No he conocido ninguna piedra que se le pueda comparar y que poseyera un poder y una acción tan grandes. Ella reúne efectivamente los cuatro elementos de forma visible; por esto se la compara también con el mundo y sus criaturas. Pero en todo el universo no se encuentra ninguna piedra que se le pueda asimilar en cuanto a acción o naturaleza. Por consiguiente, si alguien tomara algo, incluso una piedra, diferente a la del magisterio del que acabamos de hablar, su obra fracasaría.

También es lo que dice el antiguo filósofo Arros: «La piedra es impropia y no conviene a nuestra obra mientras la tierra crasa no haya sido separada de ella». Igualmente dice Morieno:

Si no limpias el cuerpo de su mugre, el espíritu no se le puede unir, pero en cuanto es purificado de su naturaleza mugrienta, el espíritu se le adhiere y se alegra con él, pues los dos han sido vueltos sutiles y puros, sin su naturaleza sucia.

En la Turba, Ascanius dice:

Los espíritus nunca se unen con los cuerpos impuros. Pero si los cuerpos han sido bien digeridos y purificados y el espíritu se ha unido con ellos, en ese momento se producen grandes milagros. Entonces aparecen todos los colores que encontramos en el mundo y el cuerpo imperfecto es teñido por el color estable del fermento, pues su fermento es el alma. En este momento el espíritu y el alma están unidos al cuerpo mismo, al punto son transmutados junto con el cuerpo en el color del fermento y de éstos se hace una sola cosa.

En conclusión, los filósofos en verdad dicen, aunque con palabras oscuras, que se produce una conjunción del hombre y la mujer, es decir, del cuerpo y el espíritu, a fin de que así, de ellos dos, nazca una prole, pues normalmente los hijos se parecen a los padres. En efecto, el hombre engendra al hombre, los metales son engendrados por los metales y todo semejante busca su semejante.

Por lo tanto, quien ignore las cosas y este arte muy noble, debe imitar a la naturaleza. Así pues, también necesita conocer la naturaleza de la cosa, pues el arte debe seguir a la naturaleza. Sin embargo, hay muchos artistas que no quieren comprender ni aprender. Al trabajar sin razón, tienen pensamientos confusos e ignoran si su arte imita a la naturaleza o no; a pesar de ello, se empeñan en corregirla y aumentarla. El muy célebre filósofo Arnaldo dice al respecto: «Acceden al arte como un asno se acerca al comedero, sin saber hacia qué alarga el hocico». Incluso ignoran en qué se afanan y aún son más ignorantes del principio de la naturaleza y del modo en que la deben imitar con su arte.

Ciertamente, se esfuerzan en realizar las operaciones de la naturaleza, pero al acabar la obra ven la evidencia del resultado. Así pues, la siguiente sentencia es muy cierta: «Quien demuestra pereza para leer los libros, no puede ser digno de preparar las cosas del arte».

En efecto, no existe ninguna duda de que este arte posee el verdadero principio de las naturalezas, puesto que la verdadera natura-

leza del aire produce los cuerpos en la tierra, unos perfectos como el Oro y la Plata, otros imperfectos como Venus, Marte, Saturno y Júpiter, según la acción y la influencia del curso de los planetas.

Quien quisiera realizar nuestro magisterio o deseara hacerse partícipe de este muy noble arte, tiene la obligación de saber en qué lugares de la tierra, a partir de una simiente, la naturaleza engendra los cuerpos de los metales. También necesitará saber qué simiente, sacada de la tierra, escogemos para purificarla y prepararla por el arte, a fin de obtener de ella algo mucho más noble y poderoso, de modo que en poco tiempo podamos volver puros y perfectos los cuerpos impuros e imperfectos de los hombres y de los metales.

Ahora bien, si queremos y estamos destinados a alcanzar el fin deseado, hemos de sacar esta simiente de los cuerpos perfectos, puros y llegados a la madurez. Por consiguiente, a fin de que todo buscador de este noble arte pueda mejor y más rápidamente llegar al conocimiento de la naturaleza, he añadido el tratado que viene a continuación, referente al principio de la naturaleza, así como a la creación y generación de los hombres.

Que el discípulo y quien se consagre a imitar nuestro magisterio lo lea a fondo, lo considere atentamente y lo repase una y otra vez mentalmente con esmero. Si actúa de este modo, no se apartará en absoluto de la vía recta.

El temor de Dios es el comienzo de la sabiduría

(*Salmos CXI,10 y Proverbios IX,10*)

Todos los sabios y eminentes filósofos elegidos no se han puesto manos a la obra con ninguna piedra antes de haber conocido, hasta donde le es posible a la razón humana, al Dios todopoderoso por sus criaturas admirables. Pero no lo lograron de ningún modo ni emprendieron su búsqueda por ninguna otra vía, que no fuese considerando con la mayor atención el comienzo de todas las cosas naturales, de lo que resultó su muy exacto conocimiento de Dios. En las

cosas naturales percibieron realmente la omnipotencia del Creador, también lo que en ellas puso: virtud, operaciones y poder ingentes, así como los secretos de la naturaleza. Por esto elaboraron cuidadosamente un método que permitiera hacer públicos estos misterios, con gran prudencia, ciertamente, para el provecho del género humano. Primero revelaron el principio de todas las cosas naturales y, para empezar, el nacimiento, la muerte y el aniquilamiento del primer hombre, tal y como sigue:

Al comienzo, Dios todopoderoso creó a partir de un licor sutil o de una nube imperceptible, cuyo aspecto no era húmedo, ni seco, ni frío, ni caliente, de hecho era una especie de vapor sutil ni claro ni oscuro o un caos confuso. Luego, tal y como desean los filósofos, lo transformó en la primera materia, es decir, en agua y separó de ella una parte que mandó volverse dura: la tierra. He aquí los elementos de la tierra y el agua. Después, Dios dividió el elemento agua y de ella creó el aire. A continuación, hizo de tal modo que del elemento tierra se hiciera el fuego, es decir, el elemento fuego. Por esto, hoy en día aún podemos ver que en los dos primeros elementos, la tierra y el agua, se ocultan los otros dos: el fuego y el aire. Efectivamente, el fuego se mantiene en la tierra y el aire se conserva en el agua, como la experiencia cotidiana lo atestigua suficientemente. Del mismo modo, Dios Padre creó el firmamento, el sol, la luna y las estrellas, y enseguida estableció cada cosa en su lugar. Después, el Creador eterno creó un ser a su propia imagen, formándole a partir de una cierta tierra húmeda. Esto nos indica que tomó principalmente tierra (en la que se conservaba el fuego) la cual humectó con agua (en la que estaba encerrado el aire) y con ellos formó al hombre. Así, está dicho que el hombre fue creado con los cuatro elementos y llamado pequeño mundo.

Cuando Dios dispuso al hombre según su imagen, tal como convenía y conforme lo hemos recordado, éste yacía como un cadáver. Más adelante, la Escritura enseña que Dios lo enderezó e insufló en su nariz un espíritu de vida. Sin ninguna duda, por esto Dios eterno llamó al hombre Adán.

De igual modo, Dios omnipotente creó con los cuatro elementos todos los elementos existentes entre el cielo y la tierra, así como los vegetales y los minerales, y ordenó que crecieran. Apenas acabada la primera creación, Dios omnipotente llevó a Adán al paraíso que había plantado con sus propias manos. Estaba adornado de innumerables flores, frutos, raíces, brotes, espesuras y gramíneas, llenos de delicadeza y dignos de admiración. En él, Adán satisfizo todo el deseo y todo el placer de su corazón, y por ello comprendió perfectamente la omnipotencia de Dios, su creador. Entonces exaltó su Nombre con alabanzas, le celebró y le honró, y en aquel lugar contempló realmente a Dios con sus ojos. No le faltaba nada de lo que su corazón pudiera desear y fue establecido señor sobre el conjunto de animales y sobre las demás criaturas de Dios.

Por esto, el Creador eterno ordenó a sus santos ángeles que llevaran a todos los animales en presencia de Adán, a fin de que le reconocieran como su señor y de que, a cambio, Adán les asignara un nombre propio para poder distinguir unos de otros tal como conviene.

Como decíamos, Dios adornó su paraíso con una infinita delicadeza y observó cómo todos los animales, en compañía de su señor Adán, se alimentaban, se desarrollaban e iban en pareja (excepto Adán que iba solo). Pero cuando Adán se acercó decididamente a los animales solitarios (que huían al verle, aterrorizados con la idea de que buscaba su compañía) Dios Padre eterno dijo: «No es bueno que el hombre esté solo, le haré una ayuda semejante a él». Entonces, hizo que Adán cayera en un sueño profundo y, tomando una de sus costillas, no lejos del corazón, formó una bella mujer a la que llamó Eva, se la presentó y luego le despertó; tan pronto como la vio, *la reconoció* por el efecto de la divina gracia y pronunció las palabras que conocemos. Con razón Dios llamó a esta mujer Eva, y la dio en matrimonio a Adán a fin de que la protegiese y a cambio ella le obedeciese. Finalmente, les dio los frutos del cuerpo con estas palabras: «Sed fecundos y multiplicad».

La gloria y la excelencia de Adán

Dios todopoderoso permitió que Adán y Eva habitaran en su paraíso durante mil años, de modo que también todos sus descendientes pasasen mil años con poder y gloria en este mismo paraíso y luego fuesen acogidos en cuerpo y alma en el cielo y en la vida eterna. El motivo de esta decisión era que el hombre formado por el Creador omnipotente se mantenía durante todo este tiempo puro y casto, no se le veía ninguna debilidad, no padecía fiebres ni enfermedades y, sobre todo, no tenía ninguna mancha. Totalmente perfecto, era agradable a Dios su creador y aceptado por Quien le había creado a su imagen y le había dado como alimento, así como a su descendencia, todos los frutos del paraíso. Dios sólo le prohibió el árbol eterno del conocimiento, a fin de que no comiera su fruto y padeciera la pena de la muerte eterna y la condena tanto del cuerpo como del alma. Pero, seducido por el diablo, comió el fruto prohibido, al instante se volvió indigente y miserable y supo que su cuerpo estaba desnudo.

Entonces se escondió detrás de los árboles, según el testimonio de las Escrituras, pues a partir de ese momento mereció el castigo eterno de Dios. Incluso ahora, como consecuencia de la amenaza divina, la muerte eterna sería para el hombre la consecuencia de la pérdida de su cuerpo y de su alma si el Hijo de Dios eterno, nuestro Señor y Salvador Jesucristo, no hubiese prometido una reparación y no la hubiera consentido.

Así, Dios todopoderoso mantiene al hombre bajo un yugo pesado, hecho de adversidades, fracasos, aflicciones, carencias y enfermedades, y del que pende una muerte amarga. Puso este yugo sobre el cuello de Adán, lo echó del paraíso y maldijo la tierra para que a partir de aquel momento no produjera más frutos por sí misma, sino sólo pura cizaña. Como consecuencia del decreto divino, fue expulsado por el ángel fuera del paraíso a un mundo salvaje e inculto, encontrándose a partir de aquel momento en la necesidad de alimentarse y comer el pan con el sudor de su frente labrando y cul-

tivando la tierra, y obligado a padecer desgracias, preocupaciones e inquietudes. Incapaz de soportarlo por más tiempo, consideró la justa medida de la cólera de Dios y deploró sus transgresiones con abundantes lágrimas. Suplicó a Dios, imploró su gracia y su clemencia, e invocó su ayuda con ardor y sin interrupción. A consecuencia de ello, Dios apaciguó su paternal corazón y, calmada su cólera, se acordó hasta tal punto de su misericordia que de nuevo liberó al hombre del yugo que le había impuesto. Sin embargo, la cuestión principal que pende de ese yugo: la muerte temporal, tras perseguir a Adán desde siempre, finalmente consiguió vencerle y matarle.

Dios, pues, no tan sólo alivió el castigo y le desembarazó del yugo de la adversidad, sino que también le proporcionó los medios para evitar en el futuro los desastres y aflicciones que le amenazaban. Por esto, fueron reveladas al mismo Adán las propiedades de las naturalezas por inspiración del Espíritu Santo. Así obtuvo su pleno conocimiento y supo elaborar remedios, medicamentos y preparados a partir de las plantas, piedras y metales, a fin de aliviar su incomodidad, expulsar las enfermedades y, en una palabra, conservar intacto su cuerpo indigente en un estado de salud precaria hasta el final definitivo de su vida, que nadie conoce sino Dios.

A pesar de que nuestro padre Adán poseía una sabiduría e inteligencia perfectas y conocía las propiedades de las naturalezas, su principal misterio seguía oculto para él. Por esto, Dios le trajo un día al paraíso y de su divina boca le reveló, sólo a él, este misterio (que ahora llamamos secreto de los filósofos y que sólo conocen los hijos de los sabios) con las siguientes palabras:

Existen dos cosas, una fija e inmutable y la otra no fija y huidiza. En modo alguno revelarás a tus hijos cuán grandes son la virtud y los poderes que se ocultan en ellas, pues nada he creado sin una razón particular. Puesto que te quiero instruir, no te lo escondo.

Después de recibir esta enseñanza de Dios mismo, Adán siempre la ocultó a sus hijos. Pero, finalmente, antes de que se extinguiera su vida, Dios autorizó que la diera a conocer a su hijo Set y le

enseñara la preparación de la piedra. Si el infeliz Adán no hubiese conocido este misterio principal de la naturaleza y hubiera estado en posesión de la piedra de los filósofos, no habría vivido tantos años, más de novecientos. Siempre estaba ansioso, atormentado en su conciencia por los pecados cometidos y por la cólera divina, día y noche pensaba en la maldición que había caído sobre él, sobre su descendencia y sobre la totalidad del mundo, pues todos fueron condenados por su causa y sometidos a la muerte eterna. Con razón, ya sería asombroso que Adán hubiera podido sobrevivir tan sólo un año después de su caída; por esto valoramos y admiramos la bondad y la clemencia de Dios, nuestro Padre celestial.

Si, como decimos, Adán no hubiera poseído la medicina o tinctura de la piedra, le habría sido imposible soportar (hablando en términos humanos) tantas ansiedades, miserias, aflicciones, tristezas, infortunios, enfermedades y desgracias. Pero usó dicha medicina en todas estas circunstancias y gracias a ella conservó su aspecto y la integridad de la fuerza de sus miembros, reanimó su naturaleza, fortificó su corazón, restableció su alma afligida, en cierto modo, alivió por segunda vez la miseria, la aflicción y la ansiedad, protegió su cuerpo vuelto mortal de todas las enfermedades y, sobre todo, con su empleo se liberó de toda miseria y de toda angustia hasta el último instante de su vida.

Cuando Adán se dio cuenta de que la medicina ya no le reanimaba, ni actuaba contra su enfermedad, ni le devolvía de nuevo a la vida, consideró atentamente su término y la muerte. Ahora que el curso de los días llegaba a su fin, dejó de curarse, imploró la gracia de Dios y envió al paraíso a su hijo Set, a quien había confiado todos sus secretos, con la demanda de que se le diera el árbol de la vida, lo que le fue negado. Set, pues, volvió a su padre con la negativa del ángel. Adán se afligió por ello, y al ver que no le quería quitar la enfermedad, próxima ya su muerte, envió a su hijo Set al paraíso por segunda vez para que pidiera el aceite de la misericordia y se lo trajera. Entretanto, el piadoso Adán expiró.

Llegado Set al paraíso, hizo la petición, pero por orden divina sólo trajo unos huesos de aceituna que le dio el ángel. Tan pronto como llegó a casa los plantó sobre la tumba de su padre. Así es como creció el árbol sobre el cual nuestro Señor Jesucristo sufrió una muerte cruel por nosotros, miserables pecadores.

A pesar de que no se hubiera concedido a Adán este aceite de forma corpórea y de que no haya podido disfrutar del árbol de la vida durante su existencia temporal, Dios todopoderoso le hizo bienaventurado después de la muerte y vertió sobre él el aceite de la misericordia. Al punto de realizarse esto, Dios eterno le perdonó todos sus pecados con su purísima gracia y su misericordia, y nunca más se acordará de ellos.

Después, Dios todopoderoso ofreció a Adán, de forma espiritual, el árbol o pan de vida como alimento y le dio de beber el agua de vida, de modo que a partir de aquel momento y por la eternidad no tuviera que padecer hambre ni sed. Ahora que ha alcanzado la gloria y la soberanía suprema, nunca más temerá el hambre, la sed, el calor, el frío ni los demás acontecimientos adversos, a los que nosotros, hombres miserables, estamos expuestos en esta vida temporal. En resumen, ya no ha de temer nunca más a la muerte, pues ahora se encuentra ante Dios, luminoso, tal como corresponde, perfecto, santo y justo.

Así, meditemos y sopesemos con exactitud el hecho de que Dios jamás ha dado al género humano ningún secreto más eminente, más oculto, más santo y sin embargo perceptible por la razón humana, que este aceite de misericordia, mencionado en el mismo sentido que lo está el árbol de vida que plantó en nosotros para la salvación de nuestra alma y la beatitud eterna. También hemos de celebrar y alabar este secreto por encima de todos los demás. Así mismo, Dios nunca ha dado a los hombres ningún arcano más eminente, más oculto y más santo que este medio único, a excepción de Dios, y que constituye el secreto de los filósofos o la medicina de los sabios. Gracias a él, el hombre indigente en este mundo lleno de desórdenes podría tener la fuerza necesaria para mantener su cuerpo al

abrigo de todas las enfermedades e imperfecciones y para recuperar la esperanza y afirmarse en medio de todas las miserias y ansiedades. También por esto, todo hombre prudente y sabio no ha de desear ninguna otra cosa o no ha de aplicar toda su conciencia más que a recuperar, dentro de sus limitaciones, los dos puntos antes mencionados. Pero, al comienzo de todo debe girarse hacia Dios y su gracia, ya que ahí se encuentra el secreto supremo y principal. Efectivamente, por ella, el hombre interior, o sea el alma, se mantiene en una gloria perfecta, cuestión que acabo de abordar dentro de los límites que lo permite mi debilidad o mi simplicidad.

Ésta es la verdadera fuente de los sabios. Sobre la tierra, nada se le puede comparar excepto una determinada cosa única y eterna, por medio de la cual, en este valle de miseria, cualquiera puede guardar intacto su cuerpo mortal ante una enfermedad fortuita, o liberarle de toda necesidad, o conservarlo claro, puro y perfecto hasta el final, protegerle de todas las desgracias que sobrevienen y, además, transformar perfectamente los cuerpos metálicos imperfectos incluso en un oro mejor que el que la naturaleza puede cocer dentro de la tierra. Puesto que este secreto principal del mundo es tan grande que se le compara, no sin analogía, con la creación, tampoco he querido hacer caso omiso de la enseñanza que le concierne.

Ahora expondré brevemente, al modo de los filósofos, la conformidad de mi punto de vista con el fundamento de la filosofía, que también está en acuerdo con la creación y generación de los hombres, de lo cual han de testimoniar todos los filósofos.

Explicaré pues, en nombre de la santa e indivisible Trinidad, y en provecho de todos los que creen en Cristo, los misterios de los filósofos y sus dichos esparcidos aquí y allá. Empecemos por lo siguiente: habéis aprendido que, en la obra de la creación, la voluntad de Dios Creador eterno (después de que su paraíso estuviera provisto de semillas, brotes, raíces, flores, hojas y gramíneas de todas clases, en lo que respecta al mundo vegetal, y también de animales y minerales) fue a bendecirlos a todos, de modo que cada cosa tuviera, según su especie, lo que necesita para producir su simiente y fruto.

Sólo Adán (que es nuestra materia) fue la excepción, al no poder engendrar por sí mismo absolutamente ningún fruto. Si la naturaleza también debía realizar su ciclo en él, de modo que pudiera perpetuar su raza, era necesario que alguna cosa se separara de él para después volverse a unir con él, ésta es su Eva, tal como he dicho antes. Ello significa la imposibilidad que tiene nuestra materia tosca y bruta de dar fruto mientras no está dividida y que lo tosco y lo sutil, o el agua y la tierra, no han sido separados. El agua representa a Eva o el espíritu y la tierra a Adán o el cuerpo. Del mismo modo que el macho está muerto y no puede dar origen a un nacimiento si no se acuesta con la hembra, la tierra está muerta y lo seguirá estando hasta que se le añada agua, si se quiere que la vida tenga continuidad, ya que es por el agua que la tierra o el cuerpo adquiere de nuevo la vida. Se trata de lo mismo cuando Hermes, este filósofo muy antiguo dice: «Hace falta que el muerto sea revivificado y que el enfermo recupere la salud».

Es necesario, pues, unir el cuerpo y el alma de suerte que lo bajo se convierta en lo alto, es decir, que el cuerpo sea hecho espíritu y que el espíritu sea hecho cuerpo. Sin embargo, no deduzcamos que el espíritu se convierte por sí mismo en cuerpo y que el cuerpo se transforma espontáneamente en espíritu, pues hace falta que estén unidos para que el espíritu o agua disuelva, es decir, resucite al cuerpo o tierra, y el cuerpo por su parte atraiga hacia sí al espíritu o agua, y han de permanecer unidos el tiempo necesario hasta que se conviertan en una sola masa. Así pues, la tierra es ablandada por el agua y el agua es endurecida por la sequedad de la tierra, tal y como hacen los niños que juegan en la calle, recogen polvo y vierten agua encima para hacer barro o una amalgama. Por esto, también dicen los filósofos que «nuestra obra es un juego de niños», en el que la muerte de uno es la vida del otro, o sea, en el que el endurecimiento de uno es el ablandamiento del otro; no se trata sino del cuerpo y del espíritu, ambos de una sola y misma naturaleza y provenientes de una única madre. Cuando se realiza esta unión, el filósofo Hermes dice, o mejor dicho exclama: «¡Oh, cuán fuerte, victoriosa y trascen-

dente es la naturaleza, ella regocija a la naturaleza!» En efecto, la naturaleza es una agua muy fuerte que sobrepasa y excita a la naturaleza fija que está dentro del cuerpo, es decir la alegría. En lo que continúa aprenderéis muchas más cosas al respecto (no os habéis de contrariar por esta digresión).

Así pues, se ha dicho que Adán o el cuerpo está muerto y no puede originar un alumbramiento sin Eva o el espíritu. De ello se deduce que cuando el agua ha sido destilada fuera de nuestra materia, el cuerpo permanece en el fondo del alambique muerto y sufriendo por no poder dar a luz. Por el hecho de haberle sacado el alma o espíritu y de que haya salido del cuerpo, éste también se vuelve totalmente negro, venenoso y aniquilado, según la descripción de los filósofos. En consecuencia, si alguien desea hacer lo contrario: resucitar el cuerpo y purificarlo de su negrura y mal olor a fin de volverlo apto y capaz de engendrar, debe restituirle el sudor (el alma) extraído, es decir, el espíritu que es su Eva. Entonces el cuerpo abrazará el alma y obrará en ella para que conciba. Senior dice que

el vapor de arriba ha de volverse a poner sobre el vapor de abajo: la divina agua es el rey que baja del cielo y devuelve el alma a su cuerpo, al que hace revivir de la muerte.

Observad con atención que en el cuerpo se encuentra oculta una sal fija e inalterable. Está incluida en él como en Adán estaba oculto el esperma masculino que el espíritu, o Eva, atrajo y del que fue fecundada. Se podría decir que el esperma del cuerpo, llamado sal fija, se extrae por medio de su propia agua, que fue separada de él, de tal modo que se vuelve sutil y huidizo y sube al cielo con el espíritu. Entonces el fijo se ha vuelto huidizo, o han resucitado al muerto, y, tal como se ha dicho, se ha alegrado la naturaleza manifestada al recibir ésta la vida por medio de su espíritu. Por esto los filósofos llaman al espíritu «agua viva sacada del hombre», pues está efectivamente sacada del cuerpo como del hombre. Para hacerlo, el filósofo Lucas prescribe «tomar el cuerpo y cocerlo al

modo de la naturaleza». Otros filósofos llaman al cuerpo «suelo negro» por el siguiente motivo: La sal fija, al igual que una simiente, está oculta en el cuerpo de forma invisible. Algunos le llaman: «Cuervo negro en el que cuidadosamente se oculta una paloma blanca», y al agua destilada del cuerpo le llaman: «Leche de la Virgen por la que la paloma blanca se ha de sacar del cuervo negro». Los filósofos designan esta cosa con muchos otros nombres como suficientemente lo atestiguan en sus libros, por lo que no hace falta decir más al respecto.

El cuerpo abraza el agua de la forma descrita y el esperma del cuerpo, es decir la sal fija, opera en el agua a fin de que conciba y quede encinta. En efecto, el agua disuelve el cuerpo y, durante la destilación, arrastra con ella partículas de sal fija por el alambique, volviéndose cada vez más espesa por la repetición de la destilación. Por esto, ciertamente, la operación depende mucho de la repetición o reiteración, que los filósofos recomiendan con insistencia, diciendo: «Que nadie se canse de este trabajo». Hermes se expresa así al respecto:

Quando ví que el agua empezaba a volverse insensiblemente más espesa y consistente, me alegré al saber que con seguridad encontraría lo que buscaba y que resultaría lo que deseaba.

Así pues, se debe verter el agua sobre el cuerpo y digerirse con él para que éste se disuelva, y de nuevo se ha de sacar el agua del cuerpo para que este se coagule. De este modo, el cuerpo queda bien frotado y purificado por la colada. Esta operación se ha de repetir muy a menudo, de modo que a fuerza de regar y hacer evacuar se extraiga toda la sal del cuerpo, que constituye su poder y su eficacia. Sabemos que ya se ha logrado cuando el agua se ha vuelto blanca y espesa, y se ha endurecido y congelado como el hielo por el frío, pero que se licúa como la mantequilla con el calor.

Quando ya no se disuelve nada más del cuerpo, se ha de sacar lo que queda, pues se trata de la parte superflua de la materia. Por esto dicen los filósofos:

En el transcurso de la operación sacamos lo que encontramos de superfluo y, a partir de una cosa única, realizamos nuestro magisterio sin añadir ni quitar nada, sólo el mencionado superfluo.

En efecto, posee en abundancia lo que necesita, y puede tomarse el agua, llamada por los filósofos «tierra blanca y laminada», y unirla con el Mercurio vivo, de lo que resulta una transmutación en buena y fija plata.

Pero en esta agua se esconde algo mucho más elevado y noble, que podrá extraerse sin un especial cuidado ni esfuerzo. En efecto, si alguien llegara a este punto, ya no dudaría de la realización de su deseo, pues el agua crece y crece como el niño en el vientre materno. Esta agua crece de la misma manera que el niño lo hace primero en el vaso de la matriz, tomando forma y siendo durante algún tiempo sólo un esperma que crece, transformándose después en carne y sangre, es decir, en una materia más espesa, hasta que finalmente se forman los miembros.

Al principio es de color blanco y gracias a un calor natural se transforma, de manera que crece día a día y se transforma pasando de una temperatura a otra, al igual que un niño es transformado en carne y sangre por medio del calor natural de su madre. Si después la materia empieza a enrojecer, se produce una gran alegría. Comprende con esto que cuando el niño adquiere sus miembros y su vida, conviene ver lo que ha de suceder. Por ello este misterio ha sido escondido en la naturaleza y a través de ella encuentra su desarrollo.

Así acaba mi enseñanza sobre la unión del hombre y la mujer, es decir, del cuerpo y el espíritu, y sobre la fecundación del agua. Es el fin de la primera conjunción, la blancura de la materia se ha extraído de la negrura, es decir, del cuerpo y «ya sólo se requiere tiempo y paciencia» según las palabras de Morieno. Esta agua coagulada es la verdadera tierra blanca y laminada en la que el filósofo nos ordena sembrar nuestro oro y nuestra plata a fin de que produzcan cien mil frutos. Es la «clara fuente» mencionada por el conde Bernardo el Trevisano, en la que entra el rey para lavarse. Si el rey se instala en el baño, ningún ministro le acompaña; guardan sus ves-

tidos hasta que haya secado toda la fuente. Entonces, él hará señores a todos sus ministros, a fin de que se vuelvan reyes por su poder y autoridad y señores por su fuerza y virtud, tal como él era cuando entró por primera vez en la fuente. Pues es un hecho que ahora el rey está provisto de una triple dignidad mayor que la de antes. En efecto, lleva sobre la cabeza una triple diadema y viste hábitos cuyo color iguala el de la amatista, debajo de los cuales lleva una camisa de pureza sostenida por un lazo de justicia.

Es un rey de vida al que se ha de honrar en grado sumo. Ningún mortal sobre la tierra es capaz de imaginar su soberanía. Por esto se ha de poner a su lado una novia pura y casta, salida de su propia simiente, a fin de que la conozca y obre en ella, de tal modo que de ambos nazcan numerosos y nobles hijos. No se ha de extraer lo rojo que se halla oculto y conservado en lo blanco, sino que se ha de calentar suavemente hasta que de él resulte un rojo perfecto. La Turba habla así de esta blancura:

Vosotros, los buscadores, si halláis lo blanco después de lo negro estad seguros de que después de lo blanco vendrá lo rojo, ya que lo rojo está oculto en lo blanco, pero no se ha de extraer, sino que se ha calentar suavemente hasta que todo se vuelva rojo.

Que os basten las palabras que acabo de pronunciar.

Hermes ha dicho:

Por decreto, es necesario conocer el principio tanto de las cosas naturales como artificiales. Ciertamente, quien ignora el principio nunca alcanzará el fin.

El amor de Dios y del prójimo es la perfección de toda sabiduría.

Amar a Dios es la mayor sabiduría y el tiempo es nuestra posesión.

A él todo honor y toda gloria. Fin.

A propósito de la edición catalana de *Le Fil de Pénélope*

Emmanuel d'Hooghvorst,
Editorial Claret, Barcelona, 1999

C.H.

El texto original de *El fil de Penèlope* apareció en Editions «La Table d'Emeraude», 21 rue de la Huchette, F-75005 París, en 1996.

Desgraciadamente, tenemos la obligación de señalar a los lectores de esta obra que los responsables de la presente edición catalana se han tomado la libertad de suprimir el prefacio que introduce la edición francesa, sin previo acuerdo de su autor, y de sustituirlo por otro, redactado por Mosén Pere Codina.

Esta censura resulta inaceptable y nos permite dudar de la integridad moral de quienes han preparado la edición.

Cabe expresar aquí nuestra total disconformidad tanto con la forma como con el fondo de esta presentación de *El fil de Penèlope*, que no se corresponde en nada con el espíritu de la obra ni con el

primer prefacio que se redactó para dicho libro, con la aprobación del autor.

Además de excluir de esta edición los dibujos de Bruno del Marmol existentes en el original, dibujos escogidos por el autor, se ha suprimido su post-scriptum de agradecimiento, dirigido a todos los que habían colaborado en la elaboración de la edición francesa, así como la siguiente nota introductoria:

La obra que presentamos a continuación es una recopilación constituida por los diferentes artículos escritos por el barón d'Hooghvorst de 1977 a 1996. Forman por sí solos un *corpus* hermético.

Han sido publicados en las revistas LA TOURBE DES PHILOSOPHES,¹ LE FIL D'ARIANE,² y LA PUERTA.³

Los numerosos otros trabajos del autor, principalmente introducciones y traducciones de textos herméticos no han sido reunidos en dicha edición y quizá serán objeto de otro volumen.

A continuación reproducimos dicho prefacio traducido de la edición original.

1. LA TOURBE DES PHILOSOPHES, ed. La Table d'Emeraude, rue de la Huchette, 21, F-75005 París.

2. LE FIL D'ARIANE, rue des Combattants, 27, B-1457 Walhain-St-Paul.

3. LA PUERTA, calle Isaac Peral 13B, E-08397 Pineda de Mar.

Prefacio

C.H.

Traducción, J. Lohest

*Pues lo que por naturaleza se hace
Por criatura no se hace
Señora, por vos tanto he sabido
Y de vuestros secretos, percibido
Que el Arte de Alquymia es valedero
Y ciencia muy verdadera.*

Perréal⁴

Habrán quienes se asombren al leer el sumario de este libro, donde se avencinan los Cuentos de Perrault y la *Odisea*, la *Cábala* judía y la *Eneida*, los Tarots y la Alquimia; no obstante, la diversidad de temas no significa necesariamente dispersión.

Desde los orígenes, los maestros de la gran familia de la Gnosis del hombre se han ido transmitiendo, revelándola a la humanidad exiliada, el idéntico mensaje profético de Hermes. Estos maestros de la Palabra lo han expresado distintamente, cada uno a su manera; pero no nos engañemos: sólo nos dicen *a qué se parece la cosa*, según la fórmula habitual de los rabinos cabalistas, pues «...las palabras dicen la cosa, pero la cosa no es dicha por las palabras».⁵ No hablan más que por alusiones.

Los maestros de la Alquymia no han hablado de otra manera, cuando nos dicen «Coge esto o aquello». Abstengámonos de caer en su trampa, pues siempre es *a qué se parece la cosa* y recordemos

4. Perréal, *Les Remontrances de Nature à l'Alchimiste errant et la Réponse de l'Alchimiste à Nature*, s.l., 1516. Véase J. van Lennep, *Alchimie*, ed. Crédit Communal, Bruselas, 1984, p. 95.

5. L. Cattiaux, *El Mensaje Reencontrado*, ed. Sirio, Málaga, 1987, XXXVIII, 59'.

que son «envidiosos» en el sentido en «que guardan celosamente su secreto, manteniéndolo oculto, pues todas sus recetas son comúnmente lo que se denomina grano para los necios», dice Pernety en su diccionario.⁶

Érase una vez una reina que dio a luz a un hijo tan feo y contrahecho...⁷ El tema de toda revelación es la gnosis del oro físico, este sol terrestre objeto de todos nuestros deseos.⁸

Nos corresponde a nosotros, pues, volver a encontrar su huella auténtica, guiados por el perfume de la rosa quymica. La tradición única no decepciona a sus amantes estudiosos.

Tal ha sido la paciente búsqueda del Barón d'Hooghvorst, sabio erudito en las Letras Antiguas, al escudriñar las palabras de las Escrituras Santas y Sabias cuales estuches sellados. ¿Habrá reencontrado su llave mágica que desvela el secreto del Hombre sepultado? Pues bien se trata del misterio de la Naturaleza y del Hombre concretamente, y no de una erudición exterior y especulativa.

En esta escuela de Hermes nacen los poetas. ¿No se dice que este dios los dotó de la cítara de siete cuerdas?

Dejemos a Emmanuel d'Hooghvorst el esmero de decirnos *palabras finas* en el sentido grávido, y leamos, al perfume de las palabras, el amor del poeta:

Una bella ha caído, atrapada en gramática de amor. Es la escuela del bello lenguaje tan cara a Virgilio y a Dante.⁹ Este palacio, es la corte de amor cortés donde, a partir de ahora, nuestra bella “dirá cosas sensatas e infinitamente ingeniosas...” ¡Qué trampa estar ligada en sal de sapiencia!¹⁰

¡Oh cocer el viento en una palabra!
¡Oh VIVE! ¡Texto de Oro! ¡Sexo puro!
¡Rostro de Arte! ¡Quymica grávida!

6. A. J. Pernety, *Dictionnaire Mytho-Hermétique*, ed. Archè, Milano, 1980, p.137.

7. Véase «Riquete del Copete».

8. Véase «El Hilo de Penélope III»

9. Véase al respecto, Dante, *La Divina Comedia*, Infierno I, 79 a 87.

10. Véase «Riquete del Copete».

¡Miel cocida! ¡Eón en sal!
¡Sendero de luz!
¡Sudorosa Escuela!
¡Sangre púrpura que fluye en fusión metálica!¹¹

Los lectores habituales de *LE FIL D'ARIANE* y de *LA TOURBE DES PHILOSOPHES* ya habrán reconocido en estos sabios comentarios, el pensamiento conciso y centrado de un verdadero cabalista que Lo ve todo en Todo.

Le debemos el haber tenido *buen olfato* en reconocer la autenticidad del mensaje profético de Louis Cattiaux, todavía inacabado en 1949 y cuya primera edición parcial había sido publicada en 1946 en medio de la indiferencia general del público de habla francesa.¹²

El Mensaje Reencontrado, es ciertamente *El Mensaje de los hijos de Hermes Reencontrado*.

¡Oh, qué Mensaje Reencontrado para leer aquí, en nuestra escuela!¹³

Louis Cattiaux se marchó discretamente en 1953, ignorado por sus contemporáneos, pero nos ha dejado su prodigiosa herencia. Los escritos de Emmanuel d'Hooghvorst, que ofrecemos para la meditación de los enamorados de la Santa Palabra, son un comentario iluminado de dicha obra.

Entonces, ¿quién encenderá su linterna con el espíritu del sol para ir al encuentro del Hombre?¹⁴

¿No buscaba Diógenes a un hombre con la luz de su linterna?

*Adopta sutileza
Entiende bien mi libro y fíate de él:
De lo contrario, tendrás pobreza,
Deja todo; coge filosofía.*

Perréal

11. Véase «El Hilo de Penélope VI».

12. En aquellos tiempos, las excepciones podían contarse con los dedos de la mano; citemos por ejemplo a René Guénon y Lanza del Vasto.

13. EH, «A modo de Introducción a la segunda edición» in L. Cattiaux, *op.cit.*

14. Véase «El Hilo de Penélope».

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Nombre y apellidos:

Dirección:

Código postal:

Ciudad:

País:

Teléfono:

Deseo suscribir a LA PUERTA mediante el pago de una cuota anual de

- 2.300.- Pts. como suscriptor en España
- 2.800.- Pts. como suscriptor en el extranjero
- Pts. como «suscriptor protector» (Indicar a partir de 5.000.-Pts.)

correspondiente a los dos próximos números consecutivos

Medio de pago

- Domiciliación bancaria (Facilitar los datos que siguen)

Titular cuenta:

Banco/Caja de Ahorros:

Sucursal:

Número completo cuenta o libreta (20 dígitos):

Firma titular:

- Talón adjunto (No válido para el extranjero)
- Giro postal a favor de "LA PUERTA"
C/ Isaac Peral, 13B
08397 Pineda de mar (Barcelona)
- Transferencia bancaria a favor de "LA PUERTA"
C.E.P.B. "La Caixa"
Oficina 3422 (Shers)
Códigos 2100-3422-10
Cuenta 2210016954

Forma de suscribirse

- Envío por correo del presente boletín a "LA PUERTA"
C/ Isaac Peral, 13B
08397 Pineda de mar
(Barcelona)
- Envío por fax al teléfono (93)-762 30 09 del presente boletín
- Telefónicamente mediante llamada al número (93)-762 30 09

